

ALFARO

Kléver Antonio Bravo



ESPE

UNIVERSIDAD DE LAS FUERZAS ARMADAS
INNOVACIÓN PARA LA EXCELENCIA

ELOY ALFARO:

En la guerra, en la patria, en la historia

KLÉVER ANTONIO BRAVO

Eloy Alfaro: En la guerra, en la patria, en la historia

PhD. Kléver Antonio Bravo

Primera edición electrónica. Junio 2015

ISBN: 978-9978-301-58-6

Par revisor: Dr. Juan Marchena Fernández; Dr. Blas Garzón Vera

Universidad de las Fuerzas Armadas - ESPE

Grab. Roque Moreira Cedeño

Rector

Publicación autorizada por:

Comisión Editorial de la Universidad de las Fuerzas Armadas - ESPE

Edición y producción

David Andrade Aguirre

Diseño

Pablo Zavala A.

Derechos reservados. Se prohíbe la reproducción de esta obra por cualquier medio impreso, reprográfico o electrónico.

El contenido, uso de fotografías, gráficos, cuadros, tablas y referencias es de **exclusiva responsabilidad** del autor.

Los derechos de esta edición electrónica son de la **Universidad de las Fuerzas Armadas - ESPE**, para consulta de profesores y estudiantes de la universidad e investigadores en: <http://www.repositorio.espe.edu.ec>.

Universidad de las Fuerzas Armadas - ESPE

Av. General Rumiñahui s/n, Sangolquí, Ecuador.

<http://www.espe.edu.ec>

A manera de prólogo

Germán Rodas Chaves

Historiador y docente de la Universidad Andina Simón Bolívar - Quito

El historiador Kléver Bravo ha depositado la confianza en mí para que trabajara un texto a manera de prólogo a su nueva producción bibliográfica titulada Eloy Alfaro: en la Guerra, en la Patria, en la Historia. Le agradezco su deferencia, tanto más que se trata de un honroso pedido alrededor del estudio de una de las figuras fundamentales de la patria, cuya influencia marcó el devenir del Estado de los últimos lustros del siglo XIX y de comienzos del XX, en el marco de una serie de acontecimientos históricos que sacudieron a la región y a nuestro país y que no puedo dejar de señalarlos.

En efecto, entre 1850 y 1930 la expansión de la economía europea y norteamericana en el mundo, se hizo evidente gracias a las inversiones económicas y a las intervenciones militares propiciadas desde los centros hegemónicos del poder. Las necesidades de estas expansiones –en un contexto que marcó una ecuación cuyos componentes dependían el uno del otro- respondieron a las características del sistema económico capitalista, cuya fase imperialista apareció en la segunda mitad del siglo XIX, debido al gran desarrollo de los países europeos, lo cual les obligó a buscar materias primas baratas y condiciones económicas aceptables para la inversión de los capitales.

El carácter de la dependencia cambió cualitativamente con la penetración del proyecto imperial en nuestra región a mediados del siglo XIX. Gran Bretaña, al financiar la independencia de las colonias españolas, convirtió sus préstamos en deuda externa y en convenios librecambistas para Latinoamérica, circunstancia que les dotó de mercados y materias primas, con el crecimiento de las importaciones sobre las exportaciones, iniciándose así un déficit en la balanza comercial y de pagos, a más de la destrucción y congelación del proceso industrial en nuestros territorios.

Debido a las circunstancias anotadas, nuestros países se transformaron, lenta pero progresivamente, en semicolonias inglesas o norteamericanas,

más allá de su actividad de zona exportadora en favor de los países industrializados. Desde finales del siglo XIX lo que se apreció fue un progresivo sometimiento de las economías americanas a los capitales extranjeros. Los países sudamericanos fueron ligándose al capital extranjero inglés, mientras los caribeños al estadounidense.

De esta forma bien se puede afirmar que los últimos años del siglo XIX se consolidó, en la región, el desarrollo de un proyecto económico y político que demandó la modificación de sus estructuras sociales y que, en términos generales, significó la necesidad de erradicar los modelos conservadores que habían predominado y que estuvieron relacionados con las denominadas economías cerradas o de casa adentro.

Precisamente por este razonamiento que se expone, es necesario señalar, adicionalmente, que entre 1850 y 1880 se produjo un significativo auge del liberalismo en los países latinoamericanos; fueron así construyéndose los regímenes liberales y exportadores cuyas metas estuvieron orientadas a hacer a un lado la herencia colonial e integrar a la población como ciudadanos; incorporación que debía producirse, en su criterio, a través del mercado y no mediante la religión o las costumbres.

Es en este entorno que los liberales llegaron al poder en 1895 en el seno de una sociedad caracterizada, en ese momento, por el bipartidismo ideológico – conservador y liberal- que respondió a los procesos de conformación política de los Estados tanto en Europa como en América Latina, más allá de las particularidades del desarrollo de dichas corrientes ideológicas en nuestro país.

Al hablar de los conservadores –antítesis del proyecto liberal- se debe decir que aquellos habían consolidado en el Ecuador el poder político y económico luego del proceso de la independencia frente a la metrópoli. Su poder se basó en la tenencia de la tierra, en la producción local y en la dependencia laboral de los campesinos a través del concertaje.

Su economía fue poco dinámica y al ser local impidió la articulación con el resto de la economía nacional y mundial, lo cual entró en contradicción con otros grupos económicos que habían emergido hacia la última década del siglo XIX.

Los liberales, a contrapelo, estuvieron ubicados en la región de la costa ecuatoriana y su economía se fue dinamizando por la existencia en su poder

de grandes campos productivos enriquecidos por las cuencas hidrográficas, como la del Río Guayas; la existencia de una mano de obra asalariada gracias al peonaje; la mejor comunicación regional e internacional, todo lo cual les permitió abrir relaciones con el mercado externo y obtener ventajas de acumulación a causa de la inicial exportación de la cascarilla, del tabaco y fundamentalmente del cacao.

Frente a una realidad como la descrita, que se contrapuso con los terratenientes de la sierra adscritos a las viejas estructuras políticas y económicas heredadas de la época colonial, se ha de comprender el requerimiento de los variados sectores comerciales de la costa para modificar la estructura política y económica del país con la finalidad de insertarse en el contexto mundial.

Fueron estos sectores modernizantes los que impulsaron el proyecto liberal y los que consolidaron su poder a propósito del triunfo de la llamada Revolución Liberal que proclamó al General Eloy Alfaro, el 5 de junio de 1895, como Jefe Supremo.

Si bien las causas estructurales y supra estructurales determinaron el apareamiento del ciclo liberal radical, tal proceso fue factible, adicionalmente, por la presencia de un líder de las características de Alfaro. Redescubrir su figura, su entorno humano, sus particularidades, su tenacidad, su férrea voluntad y el ejercicio de sus mandatos, constituyen una necesidad permanente para comprender el trajín del “Viejo Luchador” y para aproximarnos, también, a los contextos de su asesinato. Kléver Bravo de forma pedagógica nos lleva por estos laberintos que forman parte de la historia.

Este libro, construido a propósito de la actividad docente del autor en la Universidad de las Fuerzas Armadas, no solo es producto de su capacidad como historiador; demuestra, a su vez, sus méritos docentes por entregar a sus estudiantes de la manera más adecuada los perfiles de la más importante figura del siglo XX.

Su estudio, por último, nos deja planteada la siguiente afirmación: Eloy Alfaro Delgado, su lucha y su obra le pertenecen, únicamente, a su pueblo.

Introducción

En noviembre de 2005, después de una rimbombante campaña televisiva en busca del personaje de mayor relevancia en la historia de nuestro país, el ganador de este concurso mediático fue don Eloy Alfaro Delgado, concediéndole el título de “El Mejor Ecuatoriano de Todos los Tiempos”. Empero como todo proceso mediático se disuelve a la vuelta de la esquina, la memoria del “Mejor Ecuatoriano” pasó de moda con la misma inmediatez con la que la televisión crea y borra una noticia.

Lo ocurrido en aquel año 2005 no coincide con la producción historiográfica, tomando en cuenta que don Eloy, con sus luces y sus sombras, vive en gran parte de libros, revistas, periódicos, documentales, obras de teatro y otros medios que construyen y mantienen en su punto la memoria del Ecuador. Esto es lo que necesitan los personajes de nuestra historia: un reconocimiento libre de fanatismos, real y perdurable.

Sin lugar a duda, este libro es parte de ese reconocimiento al “Viejo Luchador”: el hombre, el guerrero, el estadista. Con el rasgo aclaratorio de que en estas páginas se guarda el sentido imparcial del personaje: un Alfaro libre de apologías y eufemismos, un Alfaro sin la embriaguez del sesgo político, un Alfaro de carne y hueso.

El primer capítulo resalta sus virtudes naturales y sus defectos juveniles, su fidelidad conyugal, su amor a la familia, su fe por una patria grande, su coraje. En fin, todos aquellos pilares que construyeron la imagen de un personaje legendario y mítico que traspasó las fronteras de una nación feudal, enquistada en el fanatismo religioso.

El segundo capítulo dedica sus páginas al Viejo Luchador que cae y levanta en un lapso de tres décadas de insurgencia. Claro está, insurgencia, porque anduvo en decenas de combates a la cabeza de sus montoneros, los guerrilleros de la época. No en vano el apodo de Viejo Luchador le calza de maravilla, y no precisamente por su persistencia política, no tanto eso. Él tenía una obsesión, la guerra.

Las luces y sombras de mayor impacto están en el tercer capítulo, cuando asume el poder del Estado, no con “papelitos” pero sí a bayoneta calada.

Entre sus dos gobiernos, la escala de Jefe Supremo, Presidente Interino y Presidente Constitucional, fue un tiempo de guerra permanente y en varios frentes. Por un lado estaba el desafío de cumplir sus planes de gobierno que siempre le quitaron el sueño: el ferrocarril, la separación entre la Iglesia y el Estado, la introducción de la educación laica y la modernización del Ejército. Por otro lado estaban sus enemigos políticos, de un inicio los conservadores y después los propios liberales.

Al hablar de su muerte, estas páginas no hacen mención a la palabra “mártir”. No hace falta. Ciertamente triunfó con sus obras mencionadas en el párrafo anterior, pero también divagó frente a las atrocidades cometidas por sus subalternos contra miembros de la Iglesia católica y los enemigos vencidos en combate. Así también, provocó levantamientos militares con un saldo de miles de muertos y lisiados. Por eso es que murió, o mejor dicho, le mataron. Se fue al oriente eterno sin el pasaporte de un mártir, sino con el equipaje de la traición. Su pueblo estaba cansado de tanta guerra intestina.

En fin, este libro está destinado a conocer a don Eloy en todas sus facetas, ya que cada línea y cada párrafo nos invitan a palpar lo que él vivió, lo que él combatió y lo que él pudo construir. Pues ahora y siempre vale la pena saber que su paso por la vida fue la estela de una verdadera revolución basada en el progreso y la lucha constante. Bienvenidos a recorrer estas páginas de una historia irreverente, tal como fue mi general Alfaro: el hombre, el guerrero, el gobernante... Nuestro “Viejo Luchador”.

Capítulo

1

EL HOMBRE Y SU TIERRA

De España a Montecristi

Al término del primer tercio del siglo XIX y al toque de libertad de los pueblos latinoamericanos, España daba su adiós al colonialismo en tierras americanas. De lo que fue el gran imperio peninsular, tan solo le quedaban en la lista de su régimen Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Se vivía tiempos de saqueos, batallas intestinas y venganzas políticas al interior de la Madre Patria. (García de Cortázar, 2003). En este ambiente de “conflicto localizado”, surgió un joven de rasgos nobles y emprendedores que había alcanzado el grado de capitán en las huestes liberales: Manuel Alfaro y González, oriundo de la villa de Cervera del Río Alhama, en la provincia de La Rioja.

Las políticas de zozobra y opresión que reinaban en España fomentaron en el joven Manuel Alfaro un espíritu de aventura y un impulso por buscar otros mares, otras tierras. Dejó su terruño y se trasladó a Inglaterra, pero este país sería para él una estación de paso. Continuó su viaje a Cuba y de allí a Panamá. Finalmente tocó puerto en Guayaquil, precisamente cuando el Distrito del Sur se separaba de la Gran Colombia.

A su arribo al Puerto Principal, pasó a ser dependiente en la empresa de don Antonio Luzárraga, y en el primer viaje a Montecristi, los sombreros de paja toquilla junto a la gracia de una muchacha del sector, cautivaron el corazón de este inmigrante español, dejando atrás Guayaquil para construir su nueva vida en Manabí. La joven mujer de rasgos mestizos era Natividad Delgado López, hija de don Rafael de la Cruz Delgado y doña María de la Cruz López, una joven que logró endosar la simpatía del pueblo hacia su pretendiente que venía desde ultramar, desafiando al destino. La verdad es que sí logró conquistar la simpatía del pueblo de Montecristi, a diferencia de otros extranjeros que eran odiados por sus ingentes privilegios en nombre de la independencia. (Loor, 1982)

Tras escuchar la voz de su corazón, don Manuel Alfaro se unió con doña Natividad Delgado. Su nuevo hogar impulsó a la construcción de una casa en el centro del cantón Montecristi, sumado a la compra de una finca. El patrimonio fue aumentando con el comercio internacional de la tagua y los sombreros de paja toquilla. En definitiva, se convirtió en un burgués de

nivel medio. Así, entre familia y trabajo, vinieron al mundo sus ocho hijos: Tomasa, Ildefonso, José Luis, Manuela, Eloy, Manuel, Medardo y Marcos.

Niñez, lugar natal, educación, y patriotismo

Según la Ley de División Territorial, emitida en Bogotá el 25 de junio de 1824, la provincia de Manabí pertenecía al Departamento de Guayaquil y estaba conformada por los tres cantones: Portoviejo, Jipijapa y Montecristi. Ya bien avanzado el período republicano, y de acuerdo a la Ley de División Territorial de 1861, la provincia de Manabí estaba conformada por cuatro cantones: Portoviejo, Montecristi, Jipijapa y Rocafuerte,¹ con una población de 36.159 habitantes, según el censo nacional de 1864 ordenado por el presidente García Moreno, (Loor, 1969). Dentro de este panorama geográfico, el cantón Montecristi estaba integrado por las parroquias Montecristi, Charapotó, Manta, Canoa, Bahía de Caráquez, Pedernales, Mompiche y la isla de La Plata, con una población de 4.484 habitantes, de los cuales 731 sabían leer y 3.753 eran analfabetos. (Loor, 1934).

José Eloy Alfaro Delgado nació en Montecristi, el 25 de junio de 1842, un mes después de un voraz incendio que dejó en cenizas a 95 casas del poblado. Fue bautizado ocho días después de su nacimiento bajo los oficios católicos del padre José María Aragundi, habiendo elegido su padre a don Agustín Villavicencio como el padrino del quinto hijo de la familia Alfaro - Delgado.

Conforme pasaban los años, el niño crecía distante al dogma católico. No era ateo, simplemente no comulgaba con el fanatismo religioso de la época, pues esto obedecía al escaso número de clérigos que existía en la provincia. Recién en 1871 fue creado el obispado de Portoviejo a través de una bula papal de Pío IX. Esta nueva diócesis cubría las provincias de Esmeraldas y Manabí, habiendo sido el monseñor Luis de Tola y Avilés el primer obispo de San Gregorio de Portoviejo. (Loor, 1969).

La mayor bendición de la provincia era el comercio. Manabí se daba el lujo de exportar desde el puerto de Manta hacia los Estados Unidos y Europa sus mejores productos: café, cacao, perlas, tagua y los sombreros de

1 Archivo Biblioteca de la Función Judicial, Ley de División territorial, 1824; Ley de División territorial, 1861.

paja toquilla, el producto más prodigioso de Jipijapa y Montecristi. (Dueñas, 1991). En este punto, cabe anotar que la producción y comercialización del sombrero de paja toquilla tuvo sus inicios en el año 1634, bajo la iniciativa de don Francisco Delgado. De allí en adelante, sería el producto que daría los mayores ingresos a la región. Por citar un ejemplo, entre los años 1853 y 1855 se exportaron 135.470 docenas de sombreros, por un valor de 2'556.000 pesos. (Guerra, 2004)

En la familia Alfaro - Delgado, la formación de casa era la mejor escuela de virtudes y principios; su madre era permisiva y su padre fomentaba el coraje y la valentía como los pilares en la educación moral y social de sus hijos, a lo que se sumaba el ejemplo de la bondad y la prudencia. En este horizonte probo y sensato, el niño Eloy siempre escuchaba con atención los relatos épicos que contaba su madre sobre las hazañas de Bolívar y las campañas militares de su padre en la Madre Patria. Así, la casa era un emblema del discurso cívico donde la palabra patria era la esencia de todos los temas y relatos. Bien diría don Manuel a sus hijos: "La única manera de amar a la patria consiste en conocer bien sus males y desgracias". (Pareja, s/f)

Para que los mensajes de patriotismo tengan esencia en la formación educativa, don Manuel y un señor francés de apellido Becherel, que también vivía en Montecristi, contrataron a un maestro europeo para que impartiera una educación particular a sus hijos, en vista de que en aquel cantón manabita de la época no había colegio. Hasta los catorce años, el joven Eloy recibió una educación exclusiva en gramática, caligrafía, historia y geografía, pero su inclinación académica de adolescencia estaba enfocada hacia la contabilidad y los negocios, de lo cual su padre era el maestro ideal en materia comercial.

En cuanto a su educación católica, se sabe que para él era un tema desconocido, pero respetado. Seguramente el párroco del pueblo descuidó este capítulo o tal vez fue que su carácter patriótico y la imagen liberal de su padre, establecieron graves distancias entre el adolescente y la fe en la iglesia católica, sin que por ello haya dejado de lado el respeto y veneración a Dios y a los santos.

Con toda la educación particular y otros programas de casa, Eloy Alfaro no cambió su forma de ser, era un joven por demás valiente, inquieto, rebelde, un tanto pendenciero, amigo de la aventura, sin tendencia a los vicios,

irreverente, de pocas palabras, pero de mucho corazón. Todo un manaba que creció en el centro de los juegos de campo y de los sueños alimentados por las gestas de nuestra independencia. Por esto se deduce que jamás demostró ser un adolescente débil o conformista, más bien irradiaba la imagen de ser un hombre libre y de buenas costumbres. Un guerrero nato.

Durante sus años de adolescencia, Eloy acompañaba a su padre en los circuitos comerciales por Colombia, Centro América y las Antillas. Terminaron sus años de lecciones y aprendizajes particulares y empezaba el sendero de la vida con el comercio de sombreros. Para entonces, su padre hizo de él un experto en los negocios, tema que asumió con voluntad, firmeza y responsabilidad; pero sobre todo, con honradez, a lo que se sumaba una preocupación adelantada sobre los asuntos públicos y un intenso amor a su tierra.

Cierto día fue con su hermano José Luis a una de las propiedades de su padre para limpiar la maleza, dejó a un lado su poncho de hilo y empezó la jornada. Al ruido del machete y el garabato, saltó frente a ellos un leopardo, a lo que su hermano salió corriendo y Eloy afrontó el peligro lanzando su poncho a la cara desafiante del felino, mientras empuñaba con ferocidad su machete. El animal se marchó, evadiendo la muerte o lo que hubiere sucedido. Otro día, Eloy y sus amigos optaron por atrapar un chivo del comandante José Pinto, Jefe Político de Montecristi. Al ser descubiertos, se dieron al monte, enfrascándose en una pequeña escaramuza con los sirvientes de la autoridad. Este pecado juvenil se convirtió en un escándalo de grandes proporciones, debiendo desplazarse rumbo al Perú hasta que las cosas vuelvan a la normalidad. Luego vendrían las disculpas y las consabidas reflexiones. (Loor, 1982)

Al retornar a su tierra natal, aún palpataba en el ambiente el Ecuador del tono gris: enfrentamientos políticos, pobreza, conformidad y la fiebre amarilla que azotaba a los habitantes manabitas. Pese a todo, despertó en él una gran admiración por José María Urbina y una obsesión por la corriente liberal.

De nuevo en Montecristi, el joven Alfaro demostraba una imagen cordial y respetuosa con sus amigos, conocidos y la gente mayor. Caminaba firme y gallardo, pensando que el nombre de su pueblo algún día pasaría a la

posteridad. Nótese que había madurado su conducta y liderazgo, pues mantenía su personalidad con altivez, valentía y sagacidad, incluso para adaptarse a cualquier medio y circunstancia.

Luces y sombras en la primera rebelión

Se podría decir que Eloy Alfaro era todo un hombre. Inicialmente veía a su patria con todos los destellos de esperanza gracias a las noticias de un García Moreno innovador y visionario. Esta imagen cambió con el fanatismo católico, las derrotas militares sufridas en Las Gradas y Cuaspud, los dos conflictos bélicos con Colombia por razones domésticas, la aventura de un protectorado francés, los fusilamientos, las represiones y las persecuciones a los liberales. Todo esto hizo que Alfaro cambiara la imagen de un García Moreno enérgico y modernizador, por un García Moreno represivo.

En marzo de 1864, el coronel Francisco Javier Salazar fue nombrado Gobernador de Manabí. Era un nombramiento que pretendía fortalecer el carácter conservador del gobierno de turno. Las razones políticas no se hicieron esperar y Alfaro visitó a don Manuel Albán, jefe liberal de la provincia y ex jefe político de Montecristi. En esta entrevista, Alfaro afirmó su identidad con la corriente liberal y viajó a Lima en mayo del mismo año para tomar contacto con Urbina, quien estaba exiliado en la capital peruana desde 1859. Esta salida fue la sorpresa en la familia puesto que su padre estaba en viaje de negocios por el viejo continente. Aquí fue su madre quien dio el visto bueno a las andanzas de su hijo: “Bien está, vaya usted a cumplir sus deberes para con la patria”. (Reyes, 1971)

Al regreso a su tierra repartió municiones y preparó su primera rebelión con el apoyo de veinte y ocho peones armados con escopetas, lanzas y machetes, al grito de ¡Viva el Partido Liberal! Estos preparativos de la montonera manabita levantaron sospechas en el Gobernador, a tal punto que pidió refuerzo militar a la plaza de Guayaquil. En efecto, el 5 de junio de 1864, venían veinte y cinco hombres del cuartel de artillería; y, a su paso hacia Montecristi, fueron emboscados en las Lomas de Manta por esa pequeña montonera de veinte y ocho peones al mando del joven Alfaro. En esta operación insurgente fue tomado prisionero el coronel Salazar.

Con esta primera victoria, de celebración efímera, el prisionero fue trasladado hasta el pequeño poblado de El Colorado, centro eventual de operaciones de las huestes liberales, ubicado a una legua de Montecristi. Inesperadamente cambiaron los planes. En primera instancia, esta operación no estaba del todo aprobada por Urbina; segundo, el coronel Francisco Javier Salazar fingió estar de acuerdo con la misión de los liberales; y, tercero, apareció en escena el mediador del gobierno, José Reyes, quien intercedió por la libertad del gobernador y porque tenía el encargo de evitar contiendas en una provincia con un potencial económico de alto nivel. (Santovenia, 1942)

Efectivamente, la mediación resultó exitosa, el coronel Salazar fue puesto en libertad y los insurgentes se dispersaron por la extensa geografía manabita.

Ante la ausencia de Alfaro, Salazar contraatacó, tomó prisioneros a los conspiradores de El Colorado, envió a los calabozos de Quito al líder liberal, don Manuel Albán y tomó de rehén a Medardo Alfaro, hermano menor de Eloy, con el fin de obtener información del nuevo líder liberal. El respeto hacia los Alfaro hizo que Salazar deje en libertad a Medardo, sin que por ello se diera un respiro al antagonismo entre las dos alas políticas ecuatorianas de la época: conservadores y liberales.

Alfaro partió rumbo a Panamá en el vapor Anne y luego viajó a Lima. Bajo consigna de su padre, trabajó en el almacén del señor Lasarte y luego de un tiempo retornó a Panamá. En este viaje hizo escala en Guayaquil y fue identificado como un hombre de conspiración contra el gobierno de García Moreno. Afortunadamente la confusión de nombres y la incompetencia de un tal Tranquilino Montealegre, hicieron que Alfaro pudiera marcharse sin dificultad, pero con la espina de saber que Urbina y Robles fueron derrotados por García Moreno y Juan José Flores en el desconocido Combate Naval de Jambelí, mayo de 1865, donde fusilaron a veinte y siete tripulantes de las embarcaciones “piratas” que encendieron un levantamiento armado en el golfo de Guayaquil. (Andrade, 1916)

Con estos reveses, Alfaro no hizo más que apretar sus dientes y dejar que el barco apunte su brújula rumbo a Panamá.

Noble mercader

Cuando se tiene amor al trabajo, cualquier función viene bien, especialmente para mantener el tiempo y la mente en firme producción. Así es como su espíritu de empresa y su habilidad en los negocios, hicieron que en menos de tres años llegase a ser un comerciante próspero que había conquistado una pequeña parte del mercado europeo. Negoció con Inglaterra y cumplió con éxito la representación de una compañía naviera alemana. No suficiente con este alcance empresarial, se asoció con su amigo y paisano, don Miguel Macay, para adquirir y explotar las minas de plata de El Corozal, en El Salvador. Era la época de una juventud prodigiosa donde Alfaro ya era considerado un hombre de éxito y fortuna debido a su amor al trabajo y a su ingenio en los negocios.

Por su vocación liberal y las oportunidades de madurar en el vaivén de la vida, entendió - a través de la historia - que la Revolución Francesa, la independencia de los Estados Unidos y la independencia de Latino América, fueron grandes obras que definieron el destino del mundo y que, al frente de estos acontecimientos, estaba una institución universal basada en la libertad, igualdad y fraternidad: la Masonería. En aquellos años de oro, Eloy Alfaro cumplió uno de sus anhelos más importantes de su vida, en 1870 ingresó a esta escuela filosófica con el grado de aprendiz masón en la logia Estrella del Pacífico No. 23, del Oriente de Panamá.²

En toda esta cima de riqueza, en ningún momento fue ostentoso con lo que había alcanzado, pues no existió momento ni circunstancia que permitiera olvidar su tierra y su familia. De esto se sabe con toda certeza que apoyó con todos los gastos para que sus hermanos Manuel y Medardo estudiaran medicina en los Estados Unidos, y su otro hermano Marcos, abogacía en Cuenca. A su padre, ya de avanzada edad, le brindó todo su apoyo y protección en Costa Rica.

² Periódico El Masón, (1978), Guatemala, p. 7. En el mismo año, Alfaro adelantó al grado de compañero y al año siguiente exaltó al grado de maestro. Su condición de masón le permitió identificarse con logias de Perú, Colombia, Nicaragua, Honduras y Costa Rica. Pero, sobre todo, esta identificación filosófica le permitió llegar hasta donde la historia lo reconoce&



Eloy Alfaro. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura

Con la misma voluntad de apoyo a su familia, demostró ser el buen anfitrión de tres ecuatorianos que comulgaban los principios del liberalismo y que llegaron en calidad de exiliados a Panamá: Juan Montalvo, Ignacio de Veintemilla y el doctor José Mariano Mestanza. Más generoso fue con Montalvo. Costeó sus viajes a Europa, incluso cubrió con los gastos de publicación de sus libros para que luego fueran introducidos en el Ecuador por caminos clandestinos. Empezó con *El Cosmopolita*, libro que fue leído

por Alfaro, lo que fomentó una gran admiración hacia Montalvo por el mismo hecho de que sus letras eran el referente ideal de sabiduría y la mejor espada del “Cervantes de América” frente a las injusticias que se daban en territorio ecuatoriano.

En cada paso y en cada idea, surgía la intención de cambiar el destino del Ecuador a través de las armas. En julio de 1871 fletó la embarcación Evangelina y envió fusiles desde Panamá rumbo a Manta. Esta misión estaba a cargo de su hermano Ildefonso. La goleta fue apresada en aguas ecuatorianas, apenas pudo salvarse el jefe de la misión.

Llegaba todo con buena ventura: éxito en los negocios, gratitud de sus familiares y el abrazo fraterno de sus amigos. Hasta que llegó el amor. El amor verdadero de una hermosa jovencita que supo ganarse ese corazón que no había latido de amor desde hace mucho tiempo. Así escribió Eloy a su madre para solicitar su bendición en el día de su boda en Panamá:

“La señorita que el destino ha señalado para dulcificar mi vida, se llama Anita Paredes y reúne todas las cualidades que necesita un hombre para ser feliz. Lo que me falta es su bendición para el año próximo ofrecerle, Dios mediante, una digna hija más” (Pareja, s/f)

Ella había nacido en Panamá el 2 de marzo de 1854 y era la hija de un ex gobernador del Istmo. Eloy Alfaro Delgado y Ana Paredes y Arosemena contrajeron matrimonio el 10 de enero de 1872. El 26 de noviembre del mismo año nació su primer hijo, quien llevaría el nombre del Libertador, Bolívar. Lamentablemente el niño murió luego de un par de semanas de nacido. Al año siguiente nació una niña y fue bautizada con el nombre de Colombia. (Santovenia, 1942)

En cuanto a los nombres de sus hijos, Alfaro no era devoto de poner nombres tomados del santoral católico, prefería comulgar con nombres de acento histórico y patriótico: Colón, América, Colombia, Esmeralda, Olmedo. Hasta esa fecha ya había formado un hogar con la solidez de aquellos hogares tradicionales y era considerado el hijo especial, el hermano bondadoso y el amigo leal. Era el Alfaro de pequeña estatura, espaldas anchas, de labio inferior pronunciado, frente amplia, cuello reducido y piel de bronce. Era el hombre para quien la patria ecuatoriana estaba preparando un lugar especial en su historia.

Capítulo

2

EL GUERRERO

Paralelos en el progreso nacional

Vale la pena reconocer que con la muerte de Gabriel García Moreno, un viernes 6 de agosto de 1875, se vinieron en picada los grandes proyectos de modernización del Estado ecuatoriano, al tiempo en que se fueron a la misma grieta las represiones al puro estilo de una inquisición criolla. Bien merecido es recordar que en los dos gobiernos del Santo del Patíbulo, la educación primaria y secundaria tomó un rumbo definido gracias al apoyo de los padres jesuitas y los hermanos cristianos. La educación superior dio su respiro a la abundancia profesional en las carreras de derecho, medicina y teología, para dar paso al estudio de geología, botánica, matemática y química; ciencias que fueron impartidas por los mejores científicos europeos en la nueva Escuela Politécnica Nacional, siendo instalado - a la par - el observatorio astronómico de Quito. Así mismo, fue creado el Conservatorio de Música bajo la dirección de Antonio Neumane y, en el arte de la pintura, mandó al viejo continente a perfeccionar su estilo a los artistas plásticos Cadena, Salas y Manosalvas. (Espinosa, 1996)

En el campo militar, se fundó la Escuela Práctica de Cadetes, un Instituto provisional creado bajo Decreto del 2 de abril de 1869. En este documento se establecía que la misión básica de esta Escuela era la formación de oficiales subalternos que sean útiles para el Ejército y la Guardia Nacional. (Andrade, H, Tapia, A, 1991)

En cuanto a las vías de comunicación, se construyeron varias carreteras y caminos por casi todo el territorio nacional, destacándose la carretera Quito - Guayaquil, con una extensión de 250 kilómetros con 100 puentes y 406 acueductos. (Castro, 2006).

Fueron más de quince años destinados a curar vicios. Ladrones y borrachos recibieron lo suyo, los curas eran vigilados en el cumplimiento de su misión clerical y fuera de ella y los soldados dejaron de ser el referente de miedo y abuso, para convertirse en un soporte a la comunidad, especialmente en los momentos más críticos, el terremoto de Ibarra, 1868, por citar un ejemplo.

¿Por qué ponemos en evidencia la obra del presidente García Moreno y precisamente en estas páginas? Simplemente vamos a decir que es injusto

desconocer la obra del otro constructor. Nada Más. Ahora vamos a dar vuelta la página y retornar a la vida de nuestro personaje central.

Cuartelazos y nuevas decepciones

Con el triunfo de Antonio Borrero en las elecciones presidenciales de octubre de 1875, los liberales tendieron una esperanza de cambio en el sistema político. Para esto, Eloy Alfaro había retornado al Ecuador con el afán de apoyar esos proyectos. Lo primero que hizo fue redactar una carta dirigida al presidente Borrero, solicitando se convoque a una Asamblea Constituyente que elabore una nueva Carta Política. Este documento tenía el respaldo de Juan Montalvo y el periódico guayaquileño El Popular, diario dirigido por Marcos Alfaro y alineado con la oposición a la Iglesia.

Borrero negó el pedido de una nueva Convención a través del siguiente texto elaborado por el Ministerio del Interior:

“La convocatoria a la expresada Asamblea sería, si se expidiese, ilegal e inconveniente. Ni los interesados en ella han tenido justo derecho para solicitarla ni el Poder Ejecutivo tiene facultad para expedirla. Dictada por la autoridad, sería arbitraria y despótica; proclamada por los ciudadanos, revolucionaria y anárquica; y en uno y otro caso, inválida y punible. Niego, por tanto el decreto solicitado...”. (Espinosa, 1996)

Ante esta negativa, Alfaro optó por el camino de las armas y en mayo de 1876 preparó una revuelta en Guayaquil. Según el historiador Wilfrido Loor, aquella rebelión estaba destinada a derrocar al presidente Borrero y proclamar dictador al liberal Nicolás Infante. Los resultados fueron diferentes. Renunció el coronel Teodoro Gómez de la Torre, jefe militar de la plaza de Guayaquil y en su lugar fue nombrado el general Mario Ignacio Francisco Tomás Antonio de Veintemilla Villacís.

La conspiración se iba fraguando con las armas en busca de la destitución de Borrero. Así, se formaron dos divisiones: la una al mando del general José María Urbina y la otra al mando del general Veintemilla. Estas tropas revolucionarias, llamadas también Convencionalistas, se enfrentaron a las

tropas regulares, las Constitucionalistas, comandadas por el general Julio Sáenz, Ministro de Guerra y Marina y el general José Martínez Aparicio. El 14 de diciembre de 1876, el general Urbina tomó la ruta de Alausí - Tixán y triunfó en Galte, cerca de las llanuras de Palmira, actual provincia de Chimborazo; mientras que los generales Robles y Veintemilla tomaron la ruta de Guaranda, alcanzando la victoria en Los Molinos. Entre las dos facciones protagonistas en Galte y Los Molinos, sumaron un número aproximado de 6.000 soldados. (Chacón, 2010)



Croquis de los combates de Galte y Los Molinos

En la batalla de Galte, Alfaro combatió con el grado de coronel, ayudante de órdenes del general Urbina (Bravo, 2008). Luego de la victoria en esta campaña, el triunfo militar se diluyó en decepción política por las

desavenencias de los vencedores, motivo por el que Alfaro retornó a sus actividades comerciales entre Guayaquil y Panamá, mientras que el general Veintemilla ingresaba triunfante por las calles de Quito, a la cacería del membrete de “Jefe Supremo y Capitán General de los Ejércitos de la República del Ecuador”. (Troncoso, 1966)

Las malas interpretaciones que florecieron después del triunfo en la Batalla de Galte, convirtieron la vida de don Eloy en un ir y venir entre el exilio, la dirección de la lucha armada, su anhelo por el liderazgo en el movimiento liberal radical y uno que otro catálogo de victorias y derrotas.

El 26 de enero de 1878 se reunió la Convención Nacional en Ambato. Entre las primeras decisiones tomadas por los 54 representantes, estaba el nombramiento de Presidente Interino al general Veintemilla y la inmediata subida de su sueldo: de 12 mil pesos a 24 mil. El 21 de abril de ese mismo año tomó el mando del país en la Iglesia Matriz de Ambato, dándose inicio a un Gobierno manchado con ciertos defectos morales y éticos muy bien identificados en Las Catilinarias. (Montalvo, 1990)

Para Alfaro eran días de indignación, pero también de alegría. El 30 de agosto de 1878 nació otro hijo, Olmedo, un apellido que se convirtió en nombre del vástago, como un homenaje al ilustre guayaquileño. Pero también eran días en los que el Presidente abusaba de la bonanza, el país marchaba sin brújula y el pueblo llano estaba feliz por las dádivas miserables de la demagogia y el adulo. Qué otra cosa podía enardecer el carácter de Alfaro más que un destino desgraciado para la patria. Pues no vio otro camino que la conspiración y las armas.

Dejando en Panamá su hogar y sus negocios, Alfaro regresó a Guayaquil, siendo acogido en casa de don Victoriano Cortez, español y fiel amigo de su padre. Desde allí manipulaba la conspiración junto a Miguel Valverde, hasta que fue descubierto y trasladado al calabozo del cuartel de artillería, frente a la plaza de San Francisco. Allí permaneció atado a los grillos como un asesino o un loco de alta peligrosidad.

Habían pasado varios días cuando le sacaron de esa mugrienta prisión para ofrecerle la libertad, a cambio de un compromiso escrito en el que juraría no volver a participar en política nunca más. Para Alfaro, eso del “nunca más” era una mentira piadosa de muy difícil cumplimiento. Negándose

a tal ofrecimiento y montado por una patraña camuflada en forma de proceso judicial, regresó al infiernillo. En Guayaquil la gente de poder veía la conspiración con beneplácito, pero nadie movía un dedo. Era más fácil permanecer al margen del riesgo y con los brazos cruzados, antes que luchar contra la corrupción que se dispersaba como la gangrena. Mientras tanto, Alfaro miraba los días con el mismo dolor de sus tobillos hinchados, sus pies bañados en sangre y el peso del abandono.

Luego de treinta días de haberse consumido en prisión, recibió la visita del doctor Miguel Velasco y Velasco, cónsul de Colombia, quien pudo convencer a Alfaro que firme un documento condicionando su libertad a cambio de su neutralidad política y la libertad de otros presos que habían conspirado contra la delincuencia disfrazada de gobierno liberal. En efecto, el documento fue suscrito el 3 de marzo de 1879, pero con un titular que mermaba el compromiso: “A solicitud del Gobierno...” (Pareja, s/f). Para esto, Juan Montalvo también se hizo presente con las famosas líneas del artículo Grillos Perpetuos:

“La Constitución vigente prohíbe los grillos y todo suplicio corporal: Veintemilla está matando con grillos al individuo al que debe su fortuna... Si hace lo contrario de lo que manda la Constitución, por qué se llama liberal...”. “Según nuestras leyes, no habría juez que condenase a Eloy Alfaro al tormento... esto es atroz...”.

Con todo esto, Alfaro fue puesto en libertad y desterrado a Panamá, pues el compromiso firmado jamás fue cumplido por el lado de Veintemilla, cosa que ya se percibía desde el momento mismo en que fue propuesto. Así, todo resultó un borrón y cuenta nueva. Después de todo, le esperaba el cálido abrazo de su madre y de su Anita, su Anitilla querida.

Pasada la tempestad, vio que sus antiguos negocios estaban liquidados, que sus ganancias se habían evaporado y que debía empezar de nuevo. Retomó sus trabajos en la imprenta La Estrella. Desde allí apoyó la publicación de Las Catilinas, la nueva obra de Montalvo, quien se encontraba desterrado en Ipiales y que, según Jorge Pérez Concha, “inmortalizaba al mudo Veintemilla”. (Pérez, 2009)

Entre el calor de hogar y las faenas de un trabajo, el 17 de marzo de 1880 nació otro hijo a quien le puso un nombre legendario: Colón. La criatura falleció a las dos semanas de nacido. Estos golpes de la vida no le doblegaron, peor el recuerdo de sus adversidades políticas, de modo que sus ratos libres fueron dedicados a las lecturas de táctica y los relatos históricos de las campañas militares libradas por Bolívar y Sucre, pues ellos fueron el referente de nuestra independencia latinoamericana.

Desventura y traición

Entre cartas y artículos publicados, las labores en la imprenta panameña La Estrella le ayudaron a iluminar con más amplitud el sentido intelectual de sus intenciones políticas. Al decir de su relación epistolar, recibió noticias de tinte revolucionario frente al gobierno esquivo de Veintemilla, se enteró que el jefe militar de Esmeraldas, coronel César Guedes, había enviado a prisión al Gobernador, coronel Ramón Valdez. Con esta noticia, partió hacia Tumaco en la embarcación Estrella y de allí hacia Esmeraldas, donde fue proclamado Jefe Supremo el 20 de octubre de 1880. Para fortalecer su aventura, reunió a 50 hombres armados con escopetas y siguió el viaje al sur, desembarcó en costas manabitas, pero no encontró el apoyo y decidió continuar hacia Machala. (Iglesias, 1995)

Mientras persistía en buscar contingentes para su campaña, en Tulcán los liberales se levantaron en armas, declarando Jefe Supremo a Juan Montalvo. Frente a estas rebeliones, el Congreso les declaró "piratas", al tiempo en que Veintemilla tomaba precauciones ante los movimientos insurgentes en el litoral.

En el ocaso de su persistencia, Alfaro entendió que la apatía de la gente era más fuerte que el ideal de buscar otro destino para el Ecuador. No tenía otra opción. Tomó el rumbo norte, navegó en horas de la noche hasta Esmeraldas y dispersó a la tropa en medio de un sentimiento de frustración y desengaño. Al respecto, Roberto Andrade escribió con exactitud un mensaje sobre esta desventura:

“Nada corrompe tanto a un pueblo como la prolongada esclavitud, sean cuales fueren las tiranías y el tirano, pero lo más difícil es conseguir libertad para un pueblo corrompido”. (Andrade, 1916)



El general Eloy Alfaro, Jefe Supremo de las provincias del Litoral, rodeado de sus principales colaboradores. Sentados de izquierda a derecha: coronel Manuel Antonio Franco, general Melitón Vera, Miguel Valverde, coronel José Martínez Pallares, coronel Vargas Torres, y coronel Fidel García. De pie: José Gabriel Moncayo, Manuel Semblantes, coronel Medardo Alfaro, coronel Enrique Avellán, general Alfaro, coronel Francisco Hipólito Moncayo, comandante Aparicio Plaza y Juan Gamarra. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura

De nuevo en Panamá, el ambiente de hogar y de un trabajo intelectual, marcaron la crónica de la familia en aumento. El 17 de abril de 1881 nació una niña, fue inscrita con el nombre de América.

La Campaña en Esmeraldas

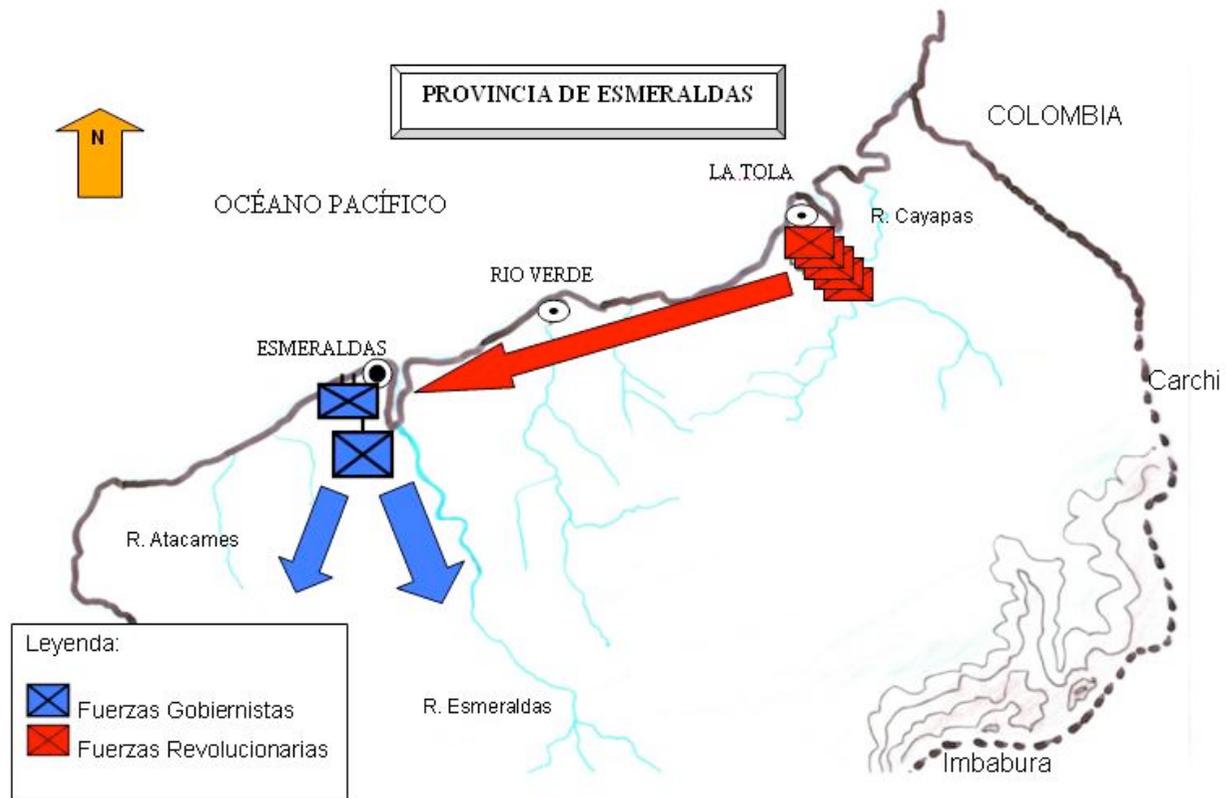
El 26 de marzo de 1882 sucedieron cosas extrañas en el Palacio de Carondelet. El general Veintemilla fue derrocado y a la vez proclamado Jefe Supremo. Cosas de la vida política ecuatoriana y de la audacia de su sobrina Marieta, La Generalita.

La inconformidad hizo que en todo el país surgieran brotes de protesta de bajo calibre. Pero en Esmeraldas la situación se tornó más candente. El coronel Manuel Antonio Franco tomó prisionero a Camilo Montenegro, Gobernador de la provincia y reconoció a don Eloy Alfaro como Jefe Supremo. Éste tardó unos meses hasta conseguir dinero y pertrechos y acudir al llamado del pueblo esmeraldeño.

Arribó a la costa norte en compañía de su hermano Medardo, Miguel Valverde y un grupo de combatientes colombianos. Instaló su cuartel general en el sector de La Tola, lugar que dio cabida a un ejército popular de 250 hombres armados con rifles Sneider y Remington, escopetas, revólveres y machetes. Este contingente fue repartido inicialmente en cuatro unidades de asalto: Esmeraldas, Seis de Abril, Libertadores y Constitución.

Días más tarde, Alfaro recibió más armamento enviado por su hermano José Luis desde Tumaco, mientras se integraba a estas filas Roberto Andrade, el nuevo Jefe del Estado Mayor. En el trayecto se iban incorporando más campesinos negros y mulatos, lo que facilitó en la formación de una quinta unidad de combate llamada Colombia. (Chacón, 2010)

El primer ataque se dio a Las Quintas y luego al destacamento militar de Tachina. Pero el objetivo principal era la toma de la ciudad de Esmeraldas. El 6 de agosto de 1882, el ejército alfarista atacó esta ciudad con las unidades Colombia y Libertadores a la vanguardia. En la defensa, el ejército veintemillista estaba reforzado con 225 hombres apoyados por un escuadrón reducido de caballería, al mando del general Francisco Robles.



Croquis de la Campaña de Esmeraldas

En esta operación ofensiva se dieron las mayores demostraciones de lealtad y bravura entre las filas alfaristas. En el vértice del combate resultó herido Clemente Concha, hermano materno de Luis Vargas Torres, quien fue salvado en un acto heroico del afro esmeraldeño Pío Quinto Nazareno. Tras la derrota, Concha fue amputado sus piernas, mientras que el ejército de Alfaro tocaba la retirada por las selvas esmeraldeñas, dejando atrás un saldo de 40 muertos del lado revolucionario, la mayoría colombianos. Más que un repliegue, era un camino ineludible de salvación que tomaron los revolucionarios hacia el lado oriental. (Alfaro, 1992)

En el trayecto por el río Esmeraldas quedaban rezagados en los bohíos los heridos que no podían continuar en el sendero del escape, entre ellos Miguel Valverde, quien luego de varios días cayó prisionero y fue trasladado a los calabozos de Guayaquil para ser juzgado, abofeteado y apaleado por el propio Veintemilla.

La marcha fue dura y pesada. A los veinte y dos sobrevivientes les tocó afrontar el duro transitar en la selva; mosquitos, hambre, fango, lluvia y enfermedades. En el camino recibieron amistad y alimentos de unos nativos de la tribu Cayapa. Luego de siete días de caminar por selvas y parajes de la sierra, llegaron a la zona de Intag, provincia de Imbabura, y en septiembre de 1882 llegaron a Ipiales, de ahí partió solo hacia su segunda patria, Panamá. (Iglesias, 1995)

En aquel tiempo de resignación, no tenía otro pensamiento que seguir alimentando el anhelo de gobernar su añorado país, y para esto, las armas eran el único camino, ya que la vía democrática era un sueño pesado y lleno de mañoserías. Entre correspondencia, trabajo y proyectos de gobernar y construir un nuevo Ecuador, la familia Alfaro Paredes recibió una nueva bendición, el 14 de enero de 1883 nació otra niña que fue bautizada con un nombre iluminado por la épica y la geografía, Esmeralda.

La campaña de Restauración

El desfile de caudillos y revueltas en la política ecuatoriana no había cambiado. El 10 de enero de 1883, Marieta de Veintemilla y el batallón Catorce de Diciembre sufren la derrota de la temporada y Quito es tomada por los conservadores adversarios del Presidente, lo que obligó al dictador a ocultarse en la última de sus trincheras, Guayaquil. Cuatro días más tarde se formó un gobierno provisional con jurisdicción dominante en la Sierra. A este grupo de poder ocasional se lo denominó Pentavirato, estaba integrado por hombres que venían merodeando las élites políticas: general Agustín Guerrero, doctor Luis Cordero, José María Plácido Caamaño, Pedro Carbo y el general José María Sarasti, colombiano, naturalizado ecuatoriano. (Espinosa, 1996)

Con la ayuda de Vargas Torres, Alfaro pisaba otra vez tierras esmeraldeñas en febrero de 1883. Esta vez venía más armado y con mejor hechizo político para conquistar las voluntades de la gente de la región. Desde la hacienda La Propicia, propiedad de la familia Vargas Torres, extendió su zona de influencia hasta la provincia de Manabí, en vista de que las tropas gobiernistas no presentaban ningún tipo de resistencia en esta zona. A su paso por

Montecristi, su pueblo natal, fundó el periódico La Gaceta Oficial, un medio que favorecía la difusión de su campaña y el reclutamiento inmediato de nuevas tropas. Para cumplir con un aporte a la educación de su provincia, fundó en Portoviejo el colegio Olmedo, y en Jipijapa el colegio Bolívar. Llegó a ser más popular que antes, de modo que el mismo pueblo le concedió el grado de general. Modestia o no, Alfaro agradeció aquel nombramiento popular, pero no lo aceptó, puesto que el propósito de su campaña no era la cacería de grados militares, sino la toma de Guayaquil.

Llegado a Jipijapa, disponía ya de 1.500 efectivos, la mayoría jóvenes montuvios. Con este contingente organizó dos divisiones y un regimiento de caballería. Alfredo Pareja Diezcanseco recuerda que el líder manabita pasaba revista de tropas con su traje sencillo, las presillas en sus hombros y el infaltable sombrero de paja toquilla, “La palabra siempre directa y la expresión adecuada para los soldados montuvios”. Tomó el mando de la tropa y emprendió la marcha hacia Daule y luego hacia las llanuras de Mapasingue, recibiendo en este punto el refuerzo de 600 soldados manabitas. En esos días se celebró en San Antonio una reunión de vital importancia entre Alfaro y el general Sarasti, pues era necesario definir el rol y el espacio militar de cada ejército. A fines de mayo, don Eloy ya disponía de una fuerza compuesta por 2.000 hombres bien armados. (Alfaro, 1884)

En esos mismos días marchaban rumbo a Guayaquil otras huestes. Unas por la ruta Alausí - Yaguachi, al mando del general José María Sarasti; otras por Babahoyo, al mando del general Francisco Salazar y otras provenientes de la provincia de El Oro, al mando de José María Plácido Caamaño. Todas estas tropas de aproximadamente 6.000 hombres, formaron el famoso Ejército Restaurador, liderado por el general Salazar, Director Supremo de la Guerra; el general José María Sarasti, Comandante del Ejército; Pedro Lizarzaburu, Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas del Centro y el coronel Eloy Alfaro, Jefe Supremo de Esmeraldas y Manabí. (Loor, 1982)



General José María Sarasti-1883.
Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura

Desde los primeros días de junio los comandantes de la Sierra pasaban el tiempo en elaborar los planes de ataque, mientras tanto ya perecieron 100 soldados, víctimas de las enfermedades tropicales. Este tiempo de quietud

desesperaba los ánimos de Alfaro. No estaba dispuesto a esperar y procedió a organizar su ejército hasta cuando llegue el Día D:

- Batallón Montecristi, al mando de Medardo Alfaro.
- Batallón Vengadores de Valverde, al mando del coronel Abellán.
- Batallón Vengadores de Piedrahita, al mando del comandante Daniel Plaza.
- Batallón Seis de Abril, al mando del coronel Manuel Franco.
- Batallón Esmeraldas, al mando del coronel Francisco Hipólito Moncayo. (El abanderado de este batallón era Leonidas Plaza Gutiérrez)
- Columna Guayas, al mando del doctor Ángel Modesto Borja.
- Jefe del Estado Mayor, general Melitón Vera.
- Capellán, el sacerdote José María Guerrero.

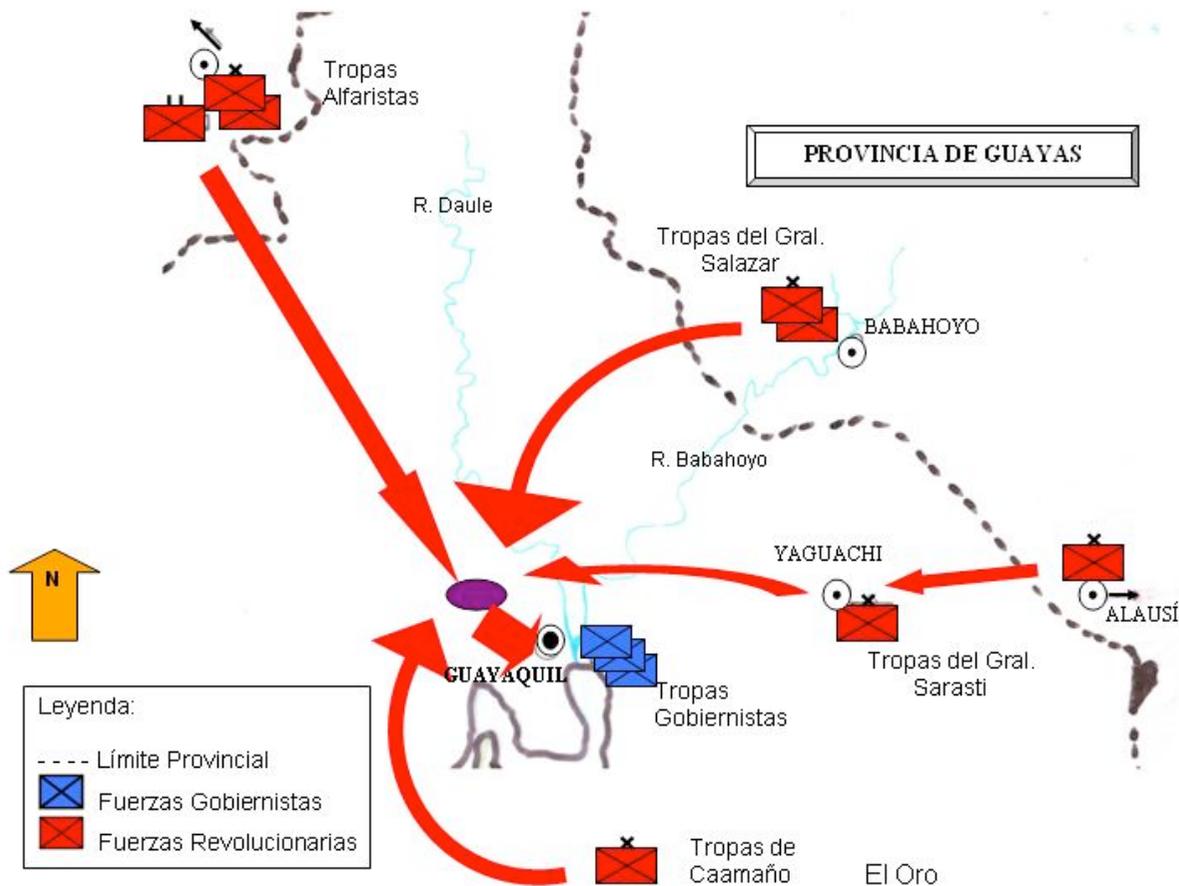
Hasta esos momentos el Ecuador estaba gobernado por tres cabezas: el nombrado Pentavirato, organizado en Quito; el gobierno de Veintemilla, desde Guayaquil; y el gobierno liberal radical, encabezado por Alfaro.

En la noche del 8 de julio las tropas adoptaron la posición de ataque, mientras que los comandantes se reunían en una de las casas de Mapasingue para ultimar detalles y dar inicio al ataque la madrugada del 9 de julio de 1883. Cerca de las cuatro de la madrugada se dieron los primeros fuegos. Las fuerzas de la Sierra avanzaban por el flanco izquierdo, al centro las fuerzas de Landázuri y en el flanco derecho las fuerzas de Alfaro. En las primeras horas luz, el avance ya tomaba un síntoma de victoria. Las tropas alfaristas ya habían tomado el sector del Manicomio y las tropas del Pentavirato coronaron el cerro Santa Ana.

Ignacio de Veintemilla, al ver de cerca su derrota, abandonó el cuartel de artillería, tomó el camino del Malecón para embarcarse en el vapor Santa Lucía y darse a la fuga rumbo al Perú. En este punto, cabe recordar que este dictador, antes de su fuga, y con revólver en mano, había asaltado dos bancos de Guayaquil, tomándose por fuerza de autoridad una gran suma de dinero. (Alfaro, 1884)

Alfaro dejó de lado el comando de sus tropas para ver a su amigo Valverde, que se encontraba encadenado con grillos en el mismo cuartel donde estuvo

años atrás. Un abrazo de júbilo unió a estos liberales. La victoria de uno se sumaba a la libertad del otro, pero la amistad era la que más apretaba.



Croquis, Campaña de la Restauración

A media mañana, el Ejército de la Restauración ya cantaba victoria con la captura de cañones, ametralladoras y munición de las unidades de toda la plaza. De acuerdo al parte, se registraron cerca de 200 bajas de los dos bandos, 85 fueron del Ejército alfarista.

La noche del 10 de julio se reunieron en casa de don Alcides Destruge todos los comandantes. Se buscaba una definición inmediata del destino del país. En esta reunión, Alfaro fue propuesto para unirse al Pentavirato y formar el Sextavirato, asunto que lo rechazó, prefirió retornar a Manabí para dar licencia a sus soldados y cumplir las funciones de Jefe Supremo de las dos provincias que avalaron su liderazgo hasta que se celebre la próxima Convención.

El 12 de septiembre de 1883, antes de desembarcar en Manta, despidió a sus soldados esmeraldeños con las siguientes palabras:

“Regresáis a vuestros hogares después de quince meses de heroica lucha. Dos nombres habéis escrito en la historia, Seis de Abril y Nueve de Julio. Desde las bocas del Mira hasta las márgenes del Guayas, vuestra sangre se ha ofrendado con abnegación en aras de la República; la santidad de nuestra causa ha traído a nuestras banderas no solo a los buenos hijos del Ecuador, sino a muchos de nuestros hermanos de Colombia, campeones generosos que han compartido fraternalmente vuestros sacrificios y vuestras glorias. Soldados, me honro en tributaros el homenaje de mi gratitud y en declarar que habéis merecido el bien de vuestra Patria. Estad seguros que si las libertades peligran, estará siempre con vosotros vuestro compañero y amigo, Eloy Alfaro” (Pérez, 1978)

Un mes más tarde se realizó la Asamblea, eligiendo presidente interino de la República a José María Plácido Caamaño y Gómez Cornejo. De igual manera, se había reconocido el valor y el liderazgo del coronel Eloy Alfaro en la toma de Guayaquil, por lo que fue ascendido al grado de general. En letras de Simón Espinosa, se recuerda que “La campaña de restauración de la democracia contra la dictadura de Veintemilla, constituyó una epopeya de civismo”. (Espinosa, 1996)

Con todo y el derrocamiento del dictador Ignacio de la Cuchilla (como lo censuraba Montalvo), el desenlace de esta campaña le dejó al Viejo Luchador otro matiz de frustración: triunfó en Mapasingue, pero no llegó a cumplir con sus aspiraciones en la gestión política.

Otros combates

De nuevo en Panamá, dedicó su tiempo a los asuntos de casa y volver a emprender otra revolución. Según el historiador Wilfrido Candelario Loor, el retorno a las armas del Viejo Luchador tenía una simple razón: “Caamaño estaba en el poder y Alfaro quería estarlo”. (Loor, 1929)

En agosto de 1884 compró el barco mercante Alajuela, una embarcación

de 300 toneladas con una capacidad de desplazamiento de dieciséis nudos/hora. Esta nueva adquisición se hizo una realidad con el apoyo de ciertas autoridades de Panamá, del Cauca, Guatemala, Colombia, El Salvador, Costa Rica y la Masonería estadounidense. Para homenajear a la historia ecuatoriana, Alfaro bautizó al barco con el nombre de Pichincha, convirtiéndolo en un buque de guerra con la innovación de la artillería correspondiente. Formaron parte de la tripulación: Luis Vargas Torres, jefe del Estado Mayor; el irlandés James Power, primer maquinista; en las baterías, mayor Sepúlveda; cañón de cubierta, tenientes Campaña y Santa Cruz y el subteniente Recalde; capitán Garrido, corneta de órdenes; comandante Castellá, capitán Flavio Alfaro y soldado Santana, encargados de la ametralladora; capitanes Fierro y Loor, a cargo de la culebrina de babor (aquella pieza de artillería de pequeño calibre); mayor Vengoechea, capitán Osejos y teniente Sarmiento, en la culebrina de estribor; Rojas y Villacio, fogoneros; y el comandante Marín, al timón, apoyado por el afrodescendiente Trejos. Con Marín hubo un pacto: si en próximos combates la derrota sería inminente, el Alajuela debía ser incendiado. (Chacón, 2010)

La partida desde el Istmo ya fue anticipada al gobierno de Caamaño, lo hizo el cónsul del Ecuador en Panamá, un ilustre desconocido de apellido Orfila. Esta noticia de alerta obligó al vapor Santa Lucía a darle encuentro en las costas del Norte, y fue en Tumaco donde se dio un ligero combate naval desfavorable para los revolucionarios. Otro de iguales resultados se dio frente a las costas de Esmeraldas, esta vez contra el vapor Nueve de Julio, mismo que contaba con 300 hombres, seis cañones y una ametralladora.

La noticia del retorno de Alfaro sacudió al país, gracias a la propaganda pro alfarista difundida en los últimos meses por su hermano, el coronel Medardo Alfaro. En noviembre de 1884, Montecristi y la provincia de Esmeraldas le proclamaron Jefe Supremo; por otro lado, se alzaron en armas los liberales de Ambato, Latacunga, Tulcán, Vinces, Balzar y Daule. (Robalino, 1968). Para esto, Juan Chávez, gobernador de Manabí, entregó la plaza a los liberales, pero fue recuperada por el coronel Guedes al mando de 120 soldados, 60 infantes y 60 artilleros. Con la recuperación de la provincia, vinieron los excesos de parte de los soldados de Reinaldo Flores, incendiaron algunas casas en Charapotó y la guerra sucia tomaba nombre en aquellas tierras de

la costa ecuatoriana.

Al saber que su provincia estaba en manos de los gobiernistas, el próximo paso sería recuperar esas tierras. Con 60 hombres a bordo del Alajuela, don Eloy tocó puerto en Bahía de Caráquez para organizar sus huestes. Tomó el mando de 400 hombres distribuidos en la columna Guayas y los batallones Pichincha y Esmeraldas y partió hacia Portoviejo, en marcha ofensiva. Este desplazamiento anticipó a las fuerzas gobiernistas, para que realicen trabajos de fortificación y defensa de la ciudad.

El ataque revolucionario del 1 de diciembre de 1884 no tuvo éxito. Su hermano Medardo estaba muy herido y quedaban en las calles de Portoviejo 50 muertos, 36 de éstos eran del bando alfarista. Esta derrota no tuvo otra explicación que la tardanza (15 horas) para iniciar la operación ofensiva, motivo por el que las tropas gobiernistas tuvieron el tiempo suficiente para organizar una defensa agresiva de la ciudad. (Loor, 1929)

Con esta derrota, su espíritu tenaz y perseverante le condujo a insistir en su lucha. Volver a empezar, esa era su actitud, pese a que sus adversarios políticos lo llamaban el General de las Mil Derrotas. Así es como volvió a organizar en Bahía de Caráquez la tripulación del Alajuela con 72 hombres, dos cañones, rifles y el emblemático machete montuvio. Aquí se incorporaron el capitán Flavio Alfaro y Leonidas Plaza Gutiérrez, el joven capitán que asumió las funciones de ayudante de órdenes del general Alfaro y a quien lo llamaba con afecto... Placita.

Al anochecer del 5 de diciembre divisaron unas luces. Inmediatamente tocaron zafarrancho, pensando que era el vapor Santa Lucía. Era el Huacho que estaba fondeado. Los revolucionarios no vacilaron en atacar. A la voz de ¡Viva Alfaro! Abordaron al Huacho, pero antes, la artillería del Alajuela ya había lanzado sus fuegos de ablandamiento. Al tiempo en que atacaban, la estridencia de los cañones llegó hasta Manta, obligando a las fuerzas de Reinaldo Flores a contraatacar. Allí es cuando se presentó la desgracia militar: el timón del Alajuela estaba totalmente destruido y encima son contraatacados por el vapor Santa Lucía. No tenían otra opción que estrellarse contra el Huacho, obviamente luego de salvar a sus tripulantes. Entre los gritos, el humo, el tiroteo y los cañonazos, empezaron a salir los soldados del Huacho que permanecían atrapados en las bodegas, entre este grupo estaban algunas

mujeres, las tradicionales guarichas. En esos segundos de máxima tensión, lograron cambiar la dirección del Alajuela hacia la playa. Esto salvó algunas vidas mientras el buque insignia se consumía en llamas. De acuerdo con las reglas del mar, el capitán es el último en abandonar la nave. Alfaro saltó al mar metido en un barril para estrellarse contra los manglares de Jaramijó y quedar medio inconsciente, hasta que llegue el alba del 6 de diciembre de 1884. (Loor, 1929)

Alfaro sobrevivió junto a treinta de sus soldados. Eran días fatales para estos liberales soñadores. Luego de la derrota de Jaramijó, los soldados de Caamaño emprendieron una feroz persecución, pues los revolucionarios no tenían otra opción que dispersarse y salvar sus vidas. Así, a mediados de enero de 1885 se reencontraron en el río Esmeraldas con su hermano Medardo, Luis Vargas Torres y otros sobrevivientes del Alajuela. Este reencuentro facilitó su partida hacia Panamá, su cuartel de invierno.

En el destierro

Quien diría que sin Alfaro, las armas iban a descansar en el territorio ecuatoriano. Con la disposición de Caamaño de cerrar el convenio terrestre y marítimo entre Esmeraldas y Manabí, los brotes de insurrección se multiplicaron en nombre del liberalismo y la insurgencia de la época. De ese espíritu combativo nacieron Los Chapulos; una centena de peones oriundos de Chapulo, un punto geográfico ubicado en la provincia de Los Ríos. En su mayoría eran peones conciertos conducidos por un mayordomo, y que sostenían una deuda fuerte con el patrón; que, al integrarse a las filas insurgentes, su deuda sería exonerada.

Por un lado, eran el pendón de una lucha política que ni ellos mismo sabían de qué se trataba; por otro lado, eran parte de una campaña insurgente con ingredientes no tan gratos: el robo, el incendio provocado, la violencia, el asesinato, el saqueo y la imposición de contribuciones en las provincias de Los Ríos, Guayas y Manabí. (Le Gouir, 1993)

Cierto día, este grupo bravío y temerario fue arengado por don Eduardo Hidalgo, propietario de la hacienda Victoria, a quien se sumó una directiva del liberalismo radical que mantenía férrea oposición al gobierno de Caamaño,

por considerarlo “una amenaza para la ciudadanía”: Marcos Alfaro, Emilio Estrada, Juan Francisco Borja, Justo Infante y el joven Pedro J. Montero. (Sánchez, 2005)

Al toque de corneta y repique de campanas, tomaron escopetas, revólveres y machetes y encumbraron su marcha ofensiva en la provincia fluminense. El gobierno, enterado de las escaramuzas protagonizadas por Los Chapulos, designó al general Secundino Darquea y 250 hombres del Ejército regular, para que eliminen a esta falange subversiva, empero la tropa de Darquea fue sorprendida y derrotada en Maculillo.

La emboscada de Maculillo fue una de las victorias de Los Chapulos. El 8 de diciembre de 1884, las fuerzas gobiernistas compuestas por un batallón de infantería, dos escuadrones de caballería y una batería de artillería, fueron sorprendidas por un pequeño grupo subversivo de 70 chapulos. Aquí, la sorpresa y rapidez en el ataque fueron los factores que obligaron a la división del Ejército regular a tomar la retirada, dejando en manos del atacante armas, municiones y documentos.

El contraataque gobiernista fue inmediato. Además, los excesos en las filas subversivas los encaminaron a la derrota, como fue el caso del coronel Anda y su ayudante, Mariano Rendón. Este par de revolucionarios, embriagados, atacaron una casa de campo que estaba ocupada por un pelotón de soldados del general Darquea. Anda y Rendón fueron recibidos a balazos, siendo sus cuerpos lanzados al campo como restos de carroña. A este caso se sumó el estrepitoso choque de la canoa, donde viajaban los comandantes chapulos, y la indecisión del coronel Infante para que el movimiento insurgente se extendiese hasta la provincia de Manabí, lugar donde podían recibir una mejor acogida y recibir logística suficiente. (Estrada, 1984)

Una vez tomados prisioneros los líderes chapulos, un Consejo de Guerra verbal determinó la pena de muerte del comandante y la amnistía del resto. En efecto, el 1 de enero de 1885 se produjo el fusilamiento de Nicolás Infante, en presencia de Marcos Alfaro, Emilio Estrada y los pobladores de Palenque. Con esto, Los Chapulos se dispersaron, quedando sepultada la revolución en la provincia de Los Ríos, no así la imagen audaz y temeraria de estos conciertos que se convirtieron en combatientes revolucionarios a cambio de su deuda y la oportunidad de reaccionar ante los poderes feudales. (Saad,

2009) Esto en Ecuador. En Panamá, el cónsul Orfila gestionó el destierro de Alfaro. Sin mayores explicaciones, tomó el camino a Guatemala, país que le dio familiar acogida y apoyo para la publicación de sus escritos, tema que trataremos en páginas posteriores. Luego partió hacia El Salvador y de allí viajó a Lima el 6 de marzo de 1886, en compañía de Roberto Andrade.

En la capital peruana, el tiempo pasaba entre lecturas en la Biblioteca Nacional, donde era atendido por el director y dilecto amigo, don Ricardo Palma. Allí elaboraba planes y proyectos que mejoren el nivel de vida de los ecuatorianos, recordando siempre a sus seres queridos que permanecían en Panamá.

A pesar de sus ajustes económicos, no hubo día en que hayan cesado las visitas en su habitación del hotel Maury; el general Antonio Guzmán Blanco, Presidente de Venezuela, o don Antonio Maceo, líder cubano. Pero más le intrigaba el enterarse de las últimas novedades por las que atravesaba el Ecuador: el asesinato del coronel Guedes en una turba de Guayaquil, el triunfo y caída de Los Chapulos y la guerra de guerrillas de sus montoneras que no dieron tregua a los conservadores ni al gobierno de Caamaño.

Con todos estos hechos, Vargas Torres partió desde Lima hacia la frontera ecuatoriano-peruana para continuar en la lucha insurgente. En noviembre de 1886 llegó a Celica y Luego a Catacocha. Con una marcha exitosa, la ciudad de Loja fue tomada por los liberales, pero luego del júbilo fueron contraatacados y vencidos por la tropa conservadora comandada por el coronel Antonio Vega. Al final de esta contienda, parte de los insurgentes cayeron prisioneros y luego conducidos a Cuenca, entre ellos el coronel Vargas Torres, quien fue fusilado en 1887. (Pérez, 1987)



Coronel Luis Vargas Torres, centro.
Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura

Otra noticia que le vistió de luto fue la muerte de su hermano Marcos. Había sido envenenado en Guatemala, sin que se encuentre explicación alguna.

A pesar de que había finalizado el gobierno de Caamaño, la guerra insurgente no cesaba. En 1888 ganó las elecciones Antonio Flores Jijón,

hijo del ex presidente Juan José Flores, iniciando su primera gestión con la persuasión a los insurgentes y al mismo Alfaro, para que descansen las armas y retorne la paz.

Ante los conflictos de los últimos cuatro años, y por iniciativa del nuevo Presidente, se reabrió por tercera vez el Colegio Militar “a la brevedad posible”. Al decir verdad, estas gestiones abrieron un panorama de entusiasmo, pero las noticias de manto oscuro regresaron con más fuerza. Habían muerto sus buenos amigos: Motalvo y Macay. Más tarde sería su madre quien se iría a mejor vida, noticia que la transmitió a su Anita diciendo: “Dios se ha llevado a mi madre”

Por los caminos de América

Aparte de sus frecuentes exilios, don Eloy Alfaro emprendió sus viajes por diversos caminos de América bajo una circunstancia especial: la coordinación de los liberales en el continente.

El tema de la independencia de Cuba, allá por el año 1973, hizo de Alfaro el centro de apoyo a la causa independentista de la isla Mayor de las Antillas durante sus estancias intermitentes en Panamá. En aquel tiempo ya se había formado en Nueva York la Sociedad Amigos de Cuba, integrada por exiliados cubanos que pregonaban la independencia de su patria. La idea de tal independencia se extendió por toda Centro América, incluso hasta Panamá, donde se formó un Comité Provisional conformado por personajes influyentes del istmo: Florencio Arosemena, Federico Ardila, Manuel Castellanos, Manuel Coroalles y Eloy Alfaro. Este hecho hizo de Alfaro el gran amigo de algunos líderes de la independencia cubana que pasaban por Panamá, entre ellos: los hermanos Maceo, Máximo Gómez y Rafael María Merchán (Rodas, 2013).

En 1884, a partir de su nuevo exilio a razón de sus campañas fallidas en contra del gobierno de José María Plácido y Caamaño, Alfaro viajó a Colombia, de ahí a Nicaragua y luego a Lima, ciudad en la que permaneció desde 1886 hasta 1889. En ese tiempo volvió a tomar contacto con el general Antonio Maceo, líder de la causa cubana, a quien le transmitió la idea de formar una “fuerza de apoyo militar” que favorezca a la causa independentista ya

mencionada. Luego de su paso por Lima, Alfaro partió hacia Chile, donde tomó contacto con el presidente liberal José Manuel Balmaceda. De allí partió hacia Buenos Aires y de allí a Nueva York, donde se reuniría, al fin, con otro líder de la independencia cubana, José Martí (Rodas, 2013).

Otro de los viajes por Centro América fue en 1890, año en el que participó como mediador frente a los problemas que amenazaban con llegar a un grave conflicto bélico entre Guatemala, Honduras y El Salvador. Para solucionar este conflicto internacional, Alfaro organizó en El Salvador un Congreso de Plenipotenciarios centroamericanos que logró las bases de un arreglo pacífico aceptados por los países con litigio (Paz y Miño, 2012).



El general Eloy Alfaro, su esposa Anita Paredes y Arosemena.
Sus hijos: Esmeralda, Olmedo, América, Colombia y Colón Eloy.
Colección fotográfica KAB.

Entre todo este peregrinaje, fue invitado por Joaquín Crespo, Presidente de Venezuela. En ese país tuvo un alto por demás apoteósico, ya que fue recibido con honores, incluso fue enaltecido en los diarios y reconocido como un héroe entre versos, canciones y desfiles, por cuanto ya se conocía de su lucha liberal en tierras ecuatorianas. Al continuar por los caminos de América, llegó a Nicaragua, previa invitación de José Santos Zelaya, presidente de ese país. Durante su estancia en este país, el 12 de enero de 1895, Alfaro recibió la jerarquía de general de división del Ejército de la República de Nicaragua (Rodas, 2013), "...En mérito a sus grandes servicios a la causa de la democracia en América Latina".

Luego de tanto tiempo fuera de casa, fue bendecido su retorno con el nacimiento de otro hijo, Colón Eloy, el 1 de enero de 1891. Empero el calor de hogar no duraría mucho tiempo puesto que más tarde fue desterrado desde Panamá, región que aún pertenecía a Colombia, por haber escrito y publicado el folleto La Deuda Gordiana. Recordemos que Alfaro era un hombre de números y precisamente en este panfleto repudiaba el mal manejo de la deuda inglesa y otras deudas manipuladas por el gobierno de Flores y la influencia de Caamaño junto al poder infame de "La Argolla".

Inicios de la Revolución Liberal

El 1 de julio de 1892 asumió la presidencia de la República el doctor Luis Cordero Crespo, un hombre de talento y sobrada valía intelectual. Junto a él se nombró a Caamaño Gobernador del Guayas y al general Reinaldo Flores, cuñado de éste, Jefe Militar de la Plaza. En cuanto al tema castrense se reabrió en Quito, por cuarta vez, el Colegio Militar.

En aquellos años de luto y peregrinaje, de calmas y tormentos, el Viejo Luchador, que andaba por Costa Rica, volvió a tomar contacto con el general cubano Antonio Maceo, a través de quien conoció a José Martí y su lucha por la independencia de Cuba. Tiempo después saldría a la luz una frase de reconocimiento de Martí que traspasó la historia:

"Alfaro es uno de los pocos americanos de creación". (Pérez, 2009)

A su regreso a Nicaragua, no dejaba de recibir noticias del Ecuador y de sus seguidores. La peor noticia llegó a finales de 1994. Fue el sonado caso de la “Venta de la Bandera”. Esta felonía fue descubierta por el joven liberal Alberto Reina y difundida por José Abel Castillo en el periódico El Diario de Avisos.

Ardió Ecuador: en Milagro se levantaron en armas los jóvenes liberales Pedro Montero, Enrique Valdez y Pedro Concha. La guarnición de Daule fue atacada, Babahoyo fue tomada por Bowen; el coronel Manuel Serrano promovió la insurrección en Machala, y en Alausí el coronel Víctor Fiallo también encabezaba la protesta. En Quito se enfrentaron las fuerzas del Gobierno contra células conservadoras y liberales. En esta contienda se pudo ver al presidente Cordero en persona dando fuego y plomo a los manifestantes, junto a un grupo de cadetes y soldados de la guardia nacional de San Roque. (Andrade, Tapia, 1991)

Con la misma estridencia, las plazas de Latacunga y Guaranda fueron sorprendidas por las armas de los liberales Julio Andrade, Francisco Hipólito Moncayo y Emilio María Terán. La misma suerte corrió la provincia de El Oro con el levantamiento en armas del coronel Serrano.

De tanta revuelta nacional y de tanto enredo ocasionado por el afrentoso negociado en la compra - venta del crucero chileno Esmeralda que cruzó el océano Pacífico luciendo bandera ecuatoriana; Luis Cordero, presentó su renuncia al verse salpicado por tal episodio, sin que haya tenido participación alguna en este escándalo. Sus últimas palabras fueron de honor y conciencia: “Tengo a bien renunciar a la presidencia de la República, espero que mis conciudadanos recobren la serenidad”. En este ambiente de trifulca nacional, asumió el cargo el vicepresidente, don Vicente Lucio Salazar. Entre tanto, ya se escuchaba en coro aquellas palabras que machacaban a la vergüenza nacional:

¡Viva Alfaro!

¡Viva el Partido Liberal!

Cierto que ardía Ecuador, pero ganó la impunidad. Nunca salió a la luz la noticia si Caamaño recibió la coima o no; sin embargo, escapó. (Pareja, 2009). En medio de este caos, don Eloy envió una proclama desde Managua, en cuyo contenido se anunciaba el retorno de la revolución armada:

“Solamente a balazos dejarán vuestros opresores el poder, que tienen únicamente por la violencia. Pensar de otro modo equivale a dar tregua a tenebrosas intrigas... Sin sacrificio no hay redención... La libertad no se implora como un favor, se conquista como un atributo inmanente al bienestar de la comunidad. Afrontemos, pues, resueltamente los peligros y luchemos por nuestros derechos y libertades, hasta organizar una honrada administración del pueblo y para el pueblo”. (Núñez, 2003)

Sin la menor duda, este episodio tristemente recordado como la “venta de la bandera”, un estigma indeleble en la historia de la corrupción, fue la chispa que encendió la Revolución Liberal.

El 5 de Junio de 1895

En aquel histórico día la Junta de Notables de Guayaquil inició su reunión a las nueve de la mañana en casa de don Ignacio Robles, enviando una comisión a la casa del general Flores con el propósito de que se realice la entrega de las tropas, como lo fue acordado. La comisión regresó al lugar de reuniones con la negativa y las disculpas de Reinaldo Flores. La excusa del general dejaba en claro su afán por mantener el desorden, solicitando que la entrega de las tropas se lleve a cabo el día siguiente, en vista de que debían ser pagadas en sus haberes e impedir el proyecto de los revolucionarios. (Páez, 1986)

No fue posible la tan esperada entrega de las tropas, ya que éstas abandonaban sus cuarteles con tiros al aire. Desbandadas gritaban “¡no queremos plata, queremos la libertad!”. El general Flores aprovechó esta confusión y escapó, mientras que los soldados de la brigada de artillería, por su desbande, mataron al centinela que cumplía el servicio en la garita de entrada.

Por el desorden y la deserción, las tropas dejaron las armas y todo el parque militar en manos de la población, la que exigía la asunción del general Eloy Alfaro a la Jefatura Suprema. De hecho, esta reacción también obedecía a la proclama escrita por el Jefe Civil y Militar. He aquí un fragmento:

“... La campaña por la libertad y la honra nacional ha terminado. La victoria del pueblo ha sido definitiva y espléndida y bien pronto coronará su obra el patriotismo. Paz y libertad conciudadanos porque acabo de llamar a los patriotas de Babahoyo, Machala, Daule y Yaguachi para que vengan a participar con vosotros en el triunfo alcanzado por la opinión pública. En seguida vendrán los patriotas de Manabí y Esmeraldas, así como el Caudillo que todos proclamamos: el general Eloy Alfaro. Velad por la tranquilidad de las familias. Ya no hay enemigos que combatir, porque las armas están en poder del más patriota de los pueblos.

Ni un tiro más, que la libertad ha triunfado”.

Ignacio Robles. (Muñoz, 1985)

Este mensaje público ratificaba la proclamación del Viejo Luchador. Inmediatamente el populacho armado se confundió con la tropa de los batallones No. 2 y 3, formando un solo río de gente que gritaba ¡Viva Alfaro! Eran momentos de euforia, de griterío y de esperanza. Era la emoción de las masas. Era también el momento oportuno para que se dieran a la fuga los presos políticos que fueron detenidos por el gobierno conservador, al tiempo en que una parte de las masas asaltaba los juzgados del crimen, haciendo añicos los archivos de aquellas oficinas de justicia.

En medio de todo este desorden popular circulaba una hoja que convocaba a toda la población a los salones de la municipalidad guayaquileña, a fin de que se elabore el acta de pronunciamiento a favor de Alfaro. Cuando la muchedumbre llegó a estos salones, los concejales del régimen anterior esperaban iniciar la sesión, pero el pueblo rechazó de plano su presencia y los concejales se marcharon. Inmediatamente los señores Manuel María Suárez y Emilio Arévalo, redactaron el Acta:

“En la ciudad de Guayaquil, a cinco de junio de mil ochocientos noventa y cinco, congregado el pueblo en comicio público para deliberar acerca de la situación actual.

Considerando:

- 1.- Que es necesario organizar un gobierno que sea fiel intérprete del sentimiento general, claramente expresado por los patriotas que en la prensa, en los campos de batalla, en las manifestaciones populares y en el seno del hogar han trabajado por la reivindicación de la honra nacional ultrajada por un gobierno traidor a la Patria;
- 2.- Que las ideas liberales son las que están más en armonía con la civilización y el progreso modernos y que son ellas las llamadas a hacer la felicidad de la República, la cual ha estado sojuzgada por una camarilla sombría de especuladores inicuos,

Resuelve:

- 1.- Desconocer la Constitución de 1883 y el gobierno presidido por el señor Vicente Lucio Salazar;
- 2.- Nombrar para Jefe Supremo de la República y General en Jefe del Ejército, al benemérito general señor don Eloy Alfaro, quien, con su patriotismo y abnegación sin límites, ha sido el alma del movimiento popular que ha derrocado la inicua oligarquía que durante largos años se impuso por la fuerza, sumiendo al país en el abismo de desgracias;
- 3.- Conceder amplias facultades al expresado general Alfaro para que la reconstrucción del país se levante sobre bases sólidas que ofrezcan garantía de Paz y Libertad a todos los ciudadanos, a fin de que florezcan las Artes y las Industrias, la Agricultura y el Comercio;
- 4.- Pedir la convocatoria de una Convención Nacional que reconstituya el país y juzgue y castigue a los culpables de traición a la Patria; y
- 5.- Reconocer la autoridad popular interina que ejerce el patriota señor

don Ignacio Robles, Jefe Superior Civil y Militar de la Provincia del Guayas, a quien se le concede toda la suma de facultades necesarias al desempeño de su cargo” (Pérez, 2009)

Este documento, avalado por un número aproximado de 16.000 firmas recogidas desde la tarde del 5 de junio hasta el día siguiente, ya no contaba con la rúbrica de ciertos “notables” que auspiciaron la Junta de Padres de Familia del día anterior, como es el caso del doctor Rafael María Arízaga, terrateniente azuayo, quien horas antes alentaba a la salida del general Reinaldo Flores. Tampoco sorprendió que el documento no presentara la firma de una sola mujer, tomando en cuenta su papel tan importante en el proceso de la Revolución. (De Janón, 1948). Las firmas que sí brillaron en aquella larga lista fueron las de los señores Lizardo García, Emilio Estrada y José Luis Tamayo, años más tarde presidentes de la República.

Capítulo

3

EN LA VANGUARDIA DEL ESTADO

Un retorno diferente

“Vengo sin odios ni venganzas y dispuesto a dar a todos mis compatriotas un abrazo fraternal”.

Esta fue la proclama del Viejo Luchador cuando llegó a Guayaquil en el vapor Pentauro, el 18 de junio de 1895. Venía desde Centro América con el lema de “Perdón y olvido”. Su retorno fue la mayor expresión del entusiasmo popular. Los aplausos interminables de la burguesía comercial guayaquileña, la prensa radical, los trabajadores urbanos y campesinos, hacían coro a la música marcial entonada por la banda de músicos del Batallón No. 2, dando alientos al fanatismo que se encarnaba en el corazón de los campesinos y negros de la Costa ecuatoriana. La noche del 19 de junio Eloy Alfaro recibió la banda presidencial de manos de don Ignacio Robles, declarando vigente la Constitución de 1878 y nombrando su primer gabinete en el que se incluyó como Jefe Superior del Ejército al general Plutarco Bowen.

Según Elías Muñoz Vicuña, eran 14.000 almas que deliraban en el muelle principal de Guayaquil ante la presencia de Alfaro. Venía desde Nicaragua para tomar el mando de un país totalmente dividido y convulsionado por la política mal intencionada, pues esta vez sabía que el turno de Carondelet era para él, estando de por medio la burguesía comercial y la banca del litoral. (Muñoz, 1985)

El desenlace de la guerra civil de 1895 fue el momento en el cual Eloy Alfaro llegó a la cima de la popularidad. Para esas fechas era ya una figura costeña vista y sentida como un “iluminado criollo”; que, por su constancia, sería reconocido como un general de prestigio. A esto se sumaba su capacidad de conducir al país ante el incansable hostigamiento de sus adversarios conservadores y otros de su misma línea liberal.

Al fin en el poder, semanas después de la Revolución del 5 de Junio de 1895, y una vez investido con la banda presidencial, el general Eloy Alfaro Delgado procedió a designar en Guayaquil su primer gabinete: Ministro del Interior y Relaciones Exteriores, Luis F. Carbo; Ministro de Hacienda y Obras Públicas, Lizardo García; Ministro de Guerra y Marina, general Cornelio

Escipión Vernaza; Jefe Superior de las Fuerzas Armadas y Comandante General de la Primera División, general Plutarco Bowen.

Entre sus primeros decretos, destacó la inmediata organización del Ejército, de acuerdo al Decreto No. 4:

“ELOY ALFARO JEFE SUPREMO DE LA REPÚBLICA

Considerando:

Que es indispensable la más pronta organización del Ejército.

Decreto:

Art. 1º- Asumo el mando en Jefe del Ejército y de la Armada.

Art. 2º.- Nombro Jefe del Estado Mayor General del Ejército al general Cornelio Vernaza, quien arreglará dicho Estado Mayor, de acuerdo con las instrucciones impartidas;

Art. 3º- El Ejército queda organizado en tres divisiones:

Nombro Comandante General de la 1º al señor general Plutarco Bowen; Comandante General de la 2º al señor general Francisco Hipólito Moncayo y Comandante General de la 3º al señor coronel Enrique Avellán;

Art. 4º- Al toque de Orden General, los señores comandantes generales de división, mandarán a copiarla al Estado Mayor General por los estados mayores divisionarios.

Guayaquil, junio 19 de 1895.

ELOY ALFARO

El Ministro de la Guerra,
Cornelio E. Vernaza

Publíquese por la Orden General.” (Muñoz, 1985)

El 23 de junio de 1895 se publicó el escalafón del Ejército revolucionario, el mismo que difundía la nómina de un número aproximado de 500 oficiales provenientes de la pequeña burguesía. Eran aquellos nuevos líderes ocasionales que ocuparon los cuarteles luego de la dispersión del Ejército gobiernista y que serían el mando efectivo de los siguientes repartos del Ejército del litoral:

Estado Mayor de la División Treviño, Batallón Libertadores, Batallón Vengadores, Brigada de artillería Sucre, Batallón Vengadores de Urbina, Batallón Treviño, Batallón No. 10 de Línea, Escolta de Honor, Estado Mayor General, Batallón No. 3 Pichincha, Columna Sagrada, Batallón No. 6 Guayas.

El numérico de los oficiales de estos repartos se expone en el siguiente cuadro:

REPARTO/Jerarquía	Crnl.	Tcrn.	Sgto. M	Capt.	Tnte.	Subt.	TOTAL
Estado Mayor General	1	2	2	5	1	2	13
División Treviño	2	1	11	17	1	4	36
Batallón Libertadores	2	2	4	11	14	15	48
Batallón Vengadores	1	2	7	10	4	16	40
Brigada de artillería Sucre	2	2	3	4	4	8	23
Batallón Vengadores de Urbina	1	2	3	7	5	8	26
Batallón Treviño	-	1	2	7	8	11	29
Batallón No. 10 de Línea	1	1	2	6	21	17	48
Escolta de Honor	1	-	-	3	3	28	35
Batallón Pichincha No. 3	1	4	1	7	18	38	69
Columna Sagrada	8	2	13	12	10	69	114
Batallón Guayas	1	1	2	6	4	5	19
TOTAL	21	20	50	95	93	221	500

Fuente: Muñoz, 1985

Con esta organización militar, Alfaro envió “comisiones de paz” con el propósito de que fuese reconocido el nuevo Gobierno revolucionario. Fueron a Quito los señores: Rafael Pólit, Heleodoro Avilés, Francisco Fernández Madrid, Lautaro Aspiazu, Sixto Durán Ballén y Martín Avilés. A Cuenca se desplazaron los señores: José Elizalde, Homero Morla, Eduardo Hidalgo y José María Carbo. Todos estos comisionados eran hombres de alto poder económico.

La primera comisión llegó apenas hasta Latacunga, ciudad andina donde los comisionados recibieron la negativa del gobierno de Quito para negociar la paz. Igual suerte corrieron los comisionados que viajaron a Cuenca donde fueron recibidos por las autoridades locales: don Benigno Astudillo, Gobernador; coronel Antonio Vega, Comandante General de Distrito y don Moisés Arteaga, Intendente de policía. Los señores del austro estaban aferrados a la posición política de Quito, prefiriendo “proclamarse en Estado independiente” antes que sumarse al gobierno de Guayaquil. Las dos comisiones regresaron al Puerto sin haber alcanzado tales propósitos. (Pérez, 2009)

Con todas estas visiones, dudas y expectativas, Eloy Alfaro encargó el poder al Consejo de Ministros y salió en pos de una “conquista” de las provincias del centro. En palabras de Enrique Ayala Mora, don Eloy Alfaro tenía una enorme capacidad militar, por lo que tomó el mando de una fuerza compuesta por 3.000 hombres y se desplazó a la Sierra por la vía férrea Durán – Chimbo para unirse a las fuerzas del coronel Víctor Fiallo en Alausí, donde se incorporó su hermano Medardo que venía desde su provincia natal con facciones manabitas y esmeraldeñas. (Ayala, 2002).

Batalla de Gatazo

Era evidente que la oligarquía y la Iglesia no tenían la más mínima voluntad de aceptar el liderazgo nacional de don Eloy. Al respecto, el clero de la región andina emprendió la Guerra Santa, una campaña destinada a la recluta de campesinos contra la corriente liberal radical y su líder. Era una guerra declarada contra el nuevo Gobierno. Ante esta realidad, Alfaro no encontró más camino que acudir a las armas, algo propio en su forma de ser.

Con un nutrido ejército y con su plan de operaciones en su punto, Alfaro emprendió la marcha el 24 de julio rumbo a la meseta andina por la ruta Milagro-Naranjito-Alausí. Llevaba 275.000 sucres, cantidad insuficiente para sostener una campaña con miles de soldados que peleaban en una tierra ajena y que marchaban en ascenso a la cordillera con los batallones Libertad y Yaguachi, dirigidos por Francisco de Paula Avilés y León Valles Franco, pues estas unidades constituían la vanguardia de la División Alfarista. (Muñoz, 1987)

Otra facción alfarista salió desde Machala el 24 de julio. Era una división comandada por los coroneles Manuel Serrano y José Luis Alfaro y que fue reforzada por un destacamento de voluntarios liberales lojanos liderados por el doctor Manuel Benigno Cueva. Esta división derrotó a las tropas conservadoras de Cuenca en las inmediaciones de Girón, entrando victoriosos a la capital azuaya el 25 de julio.

En Alausí fueron recibidos por el coronel Víctor Fiallo, evitando un posible ataque de las tropas cuencanas del coronel Vega. Desde este punto marcharon hacia el norte, recorriendo los pueblos de Tixán y Palmira, hasta llegar a Guamote, población andina donde celebró el aniversario del Primer Grito de Independencia con varios tiros de cañón en la mañana y un buen canelazo en la noche. Mientras tanto, el general Sarasti partía de Quito para combatirlo, con el apoyo de otras fuerzas provenientes de Cuenca.

En todos los poblados serraniegos, los indígenas fueron alimentando el número de efectivos de los alfaristas en calidad de guías, arrieros y cargadores de todo tipo de material. Efectivamente, el general indígena Saes, su ayudante, el coronel Manuel Guzmán y un grupo de indígenas, se habían presentado a las huestes del Viejo Luchador en la plaza de Guamote para brindar su apoyo logístico y espionaje a favor de las tropas liberales. (Martínez, 1956)

Desde luego que estos grados asignados a los indígenas eran de carácter simbólico y sin la compensación económica correspondiente, es decir, tenían un sentido de gratitud por su presencia y su ayuda, debiendo destacarse este aporte indígena en la Campaña del Centro, cuyo escenario principal era la provincia de Chimborazo. Esta era la frase que pronunciaban centenares de indios cuando se presentaban al general manabita:

“Ñucanchic libertadta apamuy amu Alfaro, tucuy runacuna guañushun pay ladupi”, Nuestra libertad tras Alfaro vamos a encontrarla, y todos los hombres moriremos a su lado. (Ordóñez, 1983)

Con las mismas canciones de guerra marchaba el general Vernaza por la vía Babahoyo, al frente de una división compuesta por 2.000 hombres distribuidos en cuatro batallones. Con este contingente vencieron a un destacamento de las tropas conservadoras en San Miguel de Chimbo el 6 de agosto. Se dice que este combate fue uno de los más cruentos debido a la agresividad de sus actores y a las once horas de duración. Días más tarde, Vernaza ocupaba la plaza de Guaranda sin encontrar ningún tipo de resistencia. (Revista Ejército Nacional, 1923)

Al final de una marcha de aproximación, Alfaro estableció su cuartel general en Cajabamba, provincia de Chimborazo, específicamente en el cerro Buyubug, en espera de Vernaza y sus tropas. Entre tanto, el general José María Sarasti, aquel jefe militar con quien compartiera el triunfo de la campaña de Restauración doce años atrás, salía de Riobamba con 3.360 soldados para atrincherarse en las inmediaciones de Calpi y Licán, con el propósito de preparar una emboscada en contra del Ejército de la Costa. Tenía como Jefe del Estado Mayor al coronel Pedro Lizarzaburu. Esta fuerza tenía la siguiente organización para el combate:

Primera división, al mando del coronel Modesto Burbano. Estaba integrada por los batallones Sucre, Quito No. 4 y Constitución; Grupo de Artillería y Regimiento de Caballería.

Segunda división, al mando del general Vicente Fierro, con los batallones Imbabura, Junín y Bolívar y la Columna García Moreno.

Tercera división, actuando como la reserva, al mando del coronel Nestorio Viteri; con los batallones Vengadores, Patria, 10 de Agosto y Carchi. (González, 1934)

Para efectos del triunfo liberal radical, el servicio de espionaje indígena anticipó las operaciones del ejército gobiernista de Quito. Así es como Alfaro pudo organizar sus tropas y el apoyo de sus comandantes, los generales

Leonidas Plaza, Plutarco Bowen y José María Triviño y los coroneles Medardo Alfaro, Juan Francisco Morales, Julio Andrade, Enrique Avellán, Ulpiano Páez, Alejandro Egas, Pedro Echeverría y Enrique Morales, quienes acordaron luchar con el siguiente orden de batalla:

En el flanco izquierdo, los batallones Tungurahua, 9 de Abril y el Daule No. 2

En el centro, los batallones No. 2 de Línea y el Libertadores, un escuadrón de caballería al mando del coronel Julio Andrade y una pieza de artillería.

En el flanco derecho, el batallón Daule No. 1, 3 compañías del batallón Vengadores y el Regimiento de Artillería No. 2 en apoyo general.

En la reserva, la Escolta de Honor, el resto de compañías del Vengadores, una pieza de artillería y una ametralladora. (Pérez, 1948)

El 14 de agosto a las dos de la tarde se dio inicio a la famosa Batalla de Gatazo. Era notorio que se enfrentaban soldados bisoños del lado liberal, que gastaban munición de forma descontrolada frente a veteranos de guerra del lado conservador.

Hasta avanzada la tarde, la lucha no definía resultado alguno que permitiera la victoria o derrota para tal o cual facción. En el Ejército liberal se notaba la ausencia de las fuerzas del general Cornelio Escipión Vernaza, que debían participar en la batalla luego de haber triunfado en el combate de San Miguel. Por la demora en llegar, días más tarde, Alfaro desconoció su grado y sus funciones de Ministro de Guerra y Marina.

Al caer la noche se suspendieron las hostilidades, esto facilitó a las fuerzas liberales para reforzar su artillería, mientras que las fuerzas de Sarasti empezaban a sentirse disminuidas por la desertión y la indisciplina, debido a que recibieron la orden de regresar al campamento Luisa, luego de haber conquistado algunas trincheras del lado liberal radical. (González, 1934)

Al amanecer del día siguiente, las cornetas anunciaban la segunda jornada del combate. La primera ofensiva la hizo la artillería gobiernista: uno de sus fuegos de preparación batió la zona cercana al puesto de mando de Alfaro, dejando gravemente heridos a su edecán, el comandante Rafael Acevo y su secretario, Luciano Coral. En respuesta, sonaron 45 cañonazos

del lado liberal, y estos fuegos de contra preparación disminuyeron de forma considerable la organización y la moral de los conservadores. La estrategia de Alfaro fue iniciar la batalla con la artillería y continuar con la infantería en combate cercano.

Luego de cuatro horas de lucha encarnizada, el Ejército conservador tocaba la retirada, no sin antes haber sido atendidos los heridos de este bando por las “ambulancias” operadas por las congregaciones religiosas, entre éstas, las Hermanas de la Caridad.¹ Fue tal el fracaso del general Sarasti, que de la primera división, compuesta por 1.600 hombres en sus filas, quedaron 313; la segunda división, de 900 hombres se redujo a 459 y en la tercera división, de 860 hombres, quedaron 296. Con el toque de victoria, las tropas del Ejército alfarista se enrumbaron hacia Cajabamba, punto de reorganización, pero antes procedieron a la captura de oficiales y soldados de las filas adversarias, entre ellos el coronel Pedro Lizarzaburu, Jefe del Estado Mayor de las tropas gobiernistas. Recogieron también ocho cañones y un par de miles de bayonetas. (Chacón, 2010)

El 17 de agosto, el Ejército liberal, integrado por 6.000 hombres de la Costa, indios y voluntarios de la provincia de Chimborazo, la tropa del general Vernanza y los desertores del lado conservador, desfilaba victorioso por las calles de Riobamba, luego de haber sido puestos en libertad los prisioneros que fueron capturados en días anteriores por haberse negado a formar parte de las filas alfaristas. De los 3.360 soldados del Ejército constitucionalista, quedaron solamente 1.068, dispuestos a convertirse, en columnas insurgentes para dar guerra al nuevo régimen liberal radical. (González, 1934)

En reconocimiento a esta campaña, Alfaro fue ascendido por el Consejo de Ministros de Guayaquil al grado de general de división, con fecha 20 de agosto de 1895. Los días del alfarismo empezaban a brillar, mientras que declinaba la carrera militar del general José María Sarasti. Las glorias vendrían para los vencedores y las sentencias para los vencidos. En este caso, y con el triunfo de Gatazo, el general Alfaro aseguraba su primer gobierno, y con esto quedaba demostrado que la campaña revolucionaria - desplegada por más de tres décadas - daba ya sus frutos. Se veía entonces que el destino

1 Archivo del Centro de Estudios Históricos del Ejército, A-CEHE, Quito-Ecuador, Libro de Oficios No. 73 de 1895, oficio No. 602 del 5 de agosto de 1895.

político del Ecuador de esa época estaba definido más por las balas que por la misma democracia.



El general Alfaro. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura

Las glorias de Gatazo apenas dieron el primer tiro para anticipar que le esperaba un gobierno de insurrecciones, desavenencias y la inconformidad de líderes conservadores y liberales. Y lo más difícil vendría desde sus antiguos colaboradores.

El Viejo Luchador entró a Quito con natural incertidumbre. Fue recibido por Luis F. Borja en la plaza de Santo Domingo y en la entrada del Palacio de Gobierno le dio la bienvenida el doctor Belisario Albán Mestanza, Jefe Civil y Militar de la provincia de Pichincha. Asumió la jefatura suprema con el reconocimiento de otros países que enviaron sus misivas. Los primeros fueron Italia, Venezuela y Nicaragua.

Obras y gestiones

Para no descuidar el bienestar quiteño, mejoró el abastecimiento de agua, realizó trabajos de canalización y los primeros estudios para la instalación del tranvía. Inició el proyecto del alumbrado eléctrico, apoyó a la construcción de un nuevo mercado que reemplace a la inmundicia del mercado de San Francisco, dio la oportunidad de trabajar a un grupo de mujeres en las oficinas de correos, tomó a cargo la canonización de la beata quiteña Mariana de Jesús Paredes y Flores y difundió un mejor trato al indio a través del Decreto de exoneración del trabajo subsidiario. En Guayaquil, empezó con el aumento salarial de los empleados públicos, la canalización de la urbe y la reforestación.

En el campo de las relaciones internacionales, el 19 de diciembre de 1895 don Eloy envió una carta a María Cristina, Regente de España, apoyando la independencia de Cuba, uno de los últimos bastiones de la Madre Patria. Alfaro pensaba que este documento tendría eco en el resto de países de la región, asunto que no tuvo el efecto esperado (Anexo No. 1).

Empero su aspiración fue más allá. Con los oficios del Ministerio de Relaciones Exteriores, envió una circular invitando a todos los países del continente a que participen en el Congreso Panamericano a realizarse en México, el 10 de agosto de 1896. Este encuentro tenía la finalidad de fortalecer la unión continental y los vínculos entre sus naciones.

Efectivamente, se dio el Congreso, pero no con los resultados esperados. Apenas asistieron los representantes de México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Ecuador, bajo el nombre de "Junta de Delegados del Congreso Internacional Americano". (Pareja, 2009). La campaña opositora de la Sierra central no daba su brazo a torcer. A paso

desafiante y necio venían desde el austro las huestes del coronel Antonio Vega para aumentar el ritmo de la marcha con la incorporación de Pedro Lizarzaburu en Tixán, pero fueron derrotados en Sicalpa, provincia del Chimborazo, por las nuevas fuerzas gobiernistas en cuyas filas destacaba la cohesión de costeños y serranos.

Como no declinaban los conservadores australes, otra vez, la Santa Ana de los Cuatro Ríos de Cuenca volvía a ser el foco de la guerrilla urbana con el grito “del Indio Alfaro, líbranos Señor”. El 5 de julio de 1896, se unió toda la población morlaca para dar guerra al nuevo gobierno liberal: los hombres combatían con las armas y las mujeres con agua hirviendo, ceniza y ají, para lanzar a los ojos de los liberales endiablados. Todo valía para la gente cuencana en la defensa del catolicismo tradicional.

Para repeler esta sublevación, Alfaro tomó el mando de las tropas desde Guayaquil y luego de una marcha táctica de veinte y dos días desde tierras orenses, llegó a las cercanías del Portete de Tarqui, allí destacó una fracción de sus fuerzas, al mando de Ulpiano Páez, para que realice operaciones de reconocimiento y tome contacto con el enemigo, mientras que el grueso preparaba el ataque con una operación envolvente. Con la derrota cercana, los sublevados cuencanos replegaron a la ciudad, convirtiéndose en una guerra urbana de limpieza casa por casa, hasta que cayeron estos rebeldes a efecto de la estridencia de los cañones, la bravura de la caballería comandada por Pedro J. Montero, el Tigre de Bulu-bulu y la vasta experiencia del líder liberal en el campo de la guerra. (Festa, 1983)

Tras la victoria militar en Cuenca vino la tragedia en Guayaquil: un incendio que duró 48 horas a partir del 5 de octubre de 1896. Aquella vez fueron las campanas y el grito desesperado, lo que anunció el incendio más agresivo que redujo a cenizas a 1.500 casas, lo que equivalía a media ciudad. La gente había entrado en cólera, no tanto por la desgracia, sino porque buscaba teñir su venganza en el causante del flagelo, y encontró a Juan Tello, un joven que, según las lenguas apresuradas, había lanzado un fósforo encendido luego de prender el cigarro. Fue fusilado sin un trámite legal ni explicación alguna, pues esto dejaba quieto al Jefe Supremo, ya que no podía interponer sus oficios frente a la ira colectiva, a sabiendas de que Tello era inocente. “Alfaro o Tello” fue el grito de la muchedumbre. (Ayala, 2015)



Facción revolucionaria conservadora cuencana. Sentado, al centro, el coronel Antonio Vega, 1896.

Archivo fotográfico de Pablo Cuvi, Quito

Sobre las cenizas de Guayaquil se dio inicio a la Convención Nacional el 9 de octubre de 1896. Pese a que era una Convención católica, más que política, Eloy Alfaro fue nombrado Presidente Interino de la República, en medio de un aire pesado y traicionero que dilatava las dimensiones del odio entre conservadores y liberales, empezando por una razón de peso: la expulsión de los jesuitas de sus misiones, allá por el río Napo.

Para evitar enfermedades tropicales, la Convención se trasladó a Quito y el 17 de enero de 1897 fue nombrado Presidente Constitucional de la República por un período de cuatro años. En el discurso de asunción, presentó – como idea de primer orden – el proyecto de construcción del ferrocarril, pero no faltaron los detractores que figoneaban el proyecto diciendo que era una patraña que llevaría al asalto de los fondos públicos.

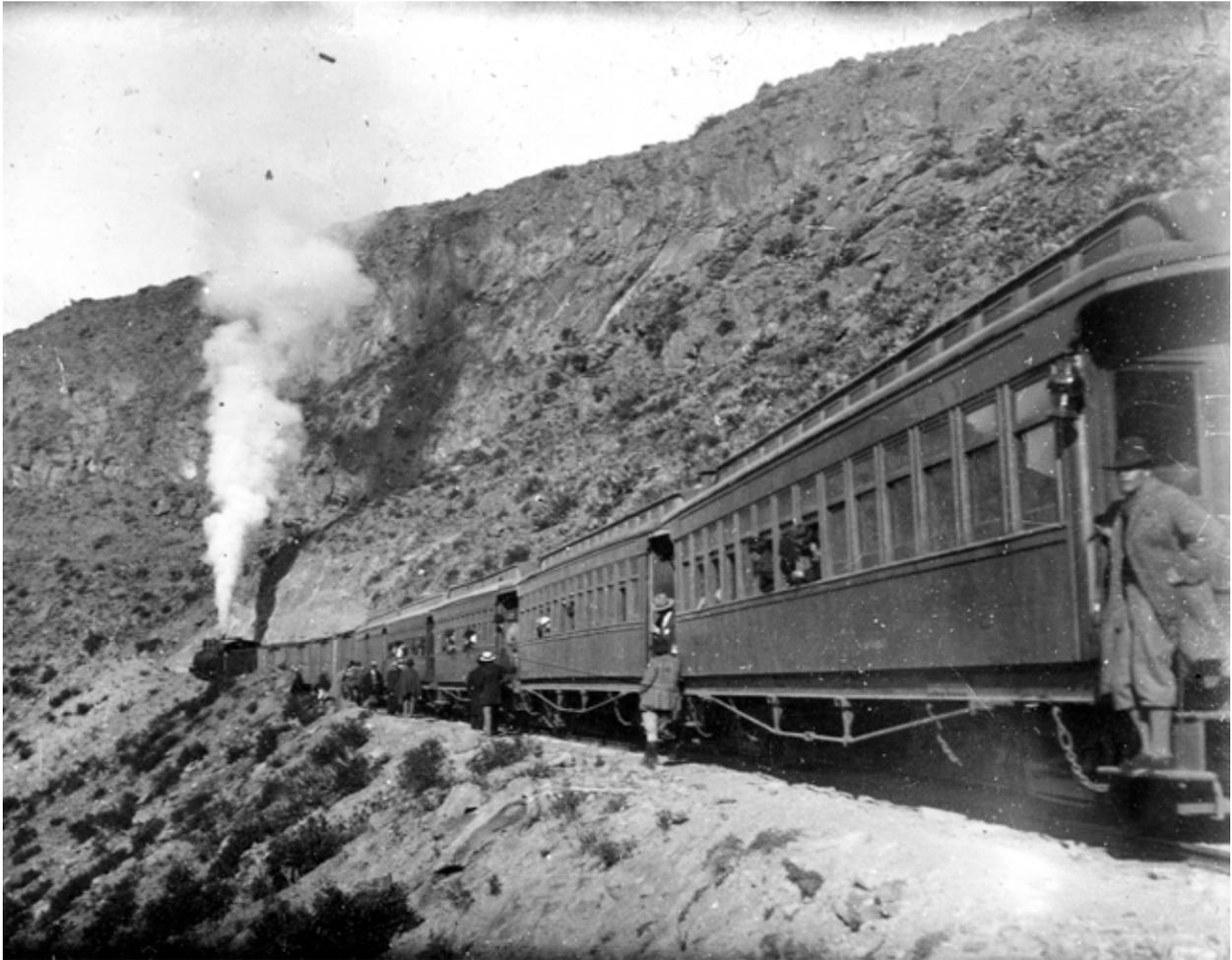
En fin, los años del primer gobierno fueron tiempos de modernización de un país feudal, anestesiado por el vínculo patrón – peón. Para esto había que apagar uno que otro incendio, a veces con tino, prudencia y liderazgo, otras veces con bayoneta calada. Así decían de él:

“Alfaro sabía ser jefe: trataba familiar y cordialmente al soldado. Le pagaba bien, le entusiasmaba para la pelea y se unía a él en el gozo y en la pena”.
(Loor, 1982)

El más grande sueño

No está por demás recordar que las primeras construcciones del ferrocarril fueron realizadas en el segundo gobierno de García Moreno. En ese período se construyeron 44,5 kilómetros en la ruta Yaguachi – Barraganetal. La ruta Durán – Yaguachi fue construida en el gobierno de Plácido Caamaño y la ruta Barraganetal – Chimbo fue construida por los gobiernos anteriores a Eloy Alfaro. (Sevilla, A, Sevilla, A, M, 2008)

Entre los temas centrales del primer gobierno alfarista, en primera línea persistió la construcción del ferrocarril. Para esto, el Congreso aprobó su ejecución y el contacto fue inmediato con el empresario Archer Harman, en los Estados Unidos. El 14 de junio de 1897 se suscribió el contrato entre Harman y Ricardo Valdivieso, Ministro de Hacienda, bajo el auspicio de la compañía constructora The Guayaquil and Quito Rail Way Company. Con ello, Harman partió rumbo a Londres para negociar la deuda ecuatoriana con los tenedores de bonos británicos, dejando en claro que no se trataba de un convenio que daba privilegios a la compañía constructora, sino que se establecía el compromiso formal para el trazado y construcción del ferrocarril en tierras ecuatorianas. Luego de largas y pesadas discusiones, el Congreso y el contratista estadounidense aceptaron el nuevo contrato y sus modificaciones, iniciando los trabajos desde el puente del río Chimbo el 10 de julio de 1899, contando con la mano de obra de 4.000 afrodescendientes de Jamaica y Puerto Rico. (Ayala, 2008)



El ferrocarril en ascenso a la serranía.
Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura

A parte de la frontal oposición del latifundismo serrano, la burguesía costeña y la guerra parlamentaria, el presupuesto resultó insuficiente; por lo que Harman emprendió su segundo viaje a Londres y consiguió una buena cantidad de acciones del millonario británico James Sivewright. Por otro lado, a inicios de 1900, fueron sepultados unos diez kilómetros de la vía férrea recién construida debido a un alud empujado por el fuerte invierno, a esto se sumaba la muerte de cientos de trabajadores a causa de las enfermedades tropicales propias de la región. Entre los fallecidos estaba el ingeniero Davis, jefe de obra, quien fue reemplazado por el ingeniero militar John Harman, hermano del contratista.

Por sobre todas estas dificultades, los trabajos continuaron. Es más, en el lapso de un año construyeron la legendaria Nariz del Diablo y el puente de Shucos, en la provincia de Chimborazo, lo que dio a toda la obra el membrete de “El Ferrocarril más difícil del mundo”.

Laicismo y algo más

El tino, la prudencia y sus momentos de silencio, fueron los mejores instrumentos para el desempeño histórico del presidente Alfaro. Puntualmente anotamos las fechas trascendentales de su primer gobierno:

Jefe Supremo: 5 de junio de 1895 - 9 de octubre de 1896

Presidente Interino: 9 de octubre de 1896 - 17 de enero de 1897

Período Presidencial: 17 de enero de 1897 - 31 de agosto de 1901

En esta época se inauguró el Colegio Mejía, y con esta primicia se estableció formalmente la educación laica con el ciclo primario de carácter obligatorio. En el tema de la introducción del laicismo, la persona clave fue José peralta, ministro de Instrucción Pública entre los años 1899 - 1901. En ese tiempo fueron contratados desde los Estados Unidos Henry Williams, para cumplir la función de director de la Escuela Normal de Varones, Alicia Fisher y Rosina Kinsman, en calidad de directoras del Normal de Señoritas. El valioso legado que dejó esta misión estadounidense fue un nuevo modelo de educación basado en la reflexión, la observación y la deducción. (Freire, 2015). Hablamos de la fundación de los colegios Montalvo y Manuela Cañizares, obras que se hicieron realidad en el gobierno de Plaza.

Por otro lado, se dieron los primeros pasos en la creación del Registro Civil. Hubo varias reformas arancelarias; y, para bien o para mal, se suspendió la deuda externa. Se trasladaron los restos mortales del Mariscal Antonio José de Sucre desde el subsuelo del Carmen Bajo hasta la catedral quiteña. (Espinosa, 1996)

El resto de obras destacadas en el gobierno del Viejo Luchador fueron:

- Exoneración del tributo indígena, asunto que ya inició García Moreno.
- Promulgación de la Décima Primera Constitución, 14 de enero de 1897.
- Consagración de la libertad de culto.
- Abolición de la pena de muerte, tema que no se cumplió a cabalidad.
- Difusión de la igualdad entre los ciudadanos ante la ley.
- Separación entre el Estado y la Iglesia.
- Administración de los cementerios por parte del Estado.
- Asignación de becas al exterior a 42 jóvenes: veinte y tres a Nueva York, diez a París, tres a Londres, uno a Bruselas, uno a Berlín, uno a Le Havre, uno a Liverpool, uno a Annapolis, uno a Hamburgo. (González, 1934)
- Creación de escuelas nocturnas para adultos.
- Apertura de la administración pública para la clase media.
- Incorporación de la mujer a los trabajos administrativos del Estado (Decreto No. 68 del 19 de diciembre de 1895).
- Refundación de la Escuela de Bellas Artes y Conservatorio de Música.

Llegó la hora de entregar la primera función del Estado al general Leonidas Plaza Gutiérrez, bajo una atmósfera de intrigas y con el Ejército en zafarrancho. Con esto, la cordialidad y el afecto entre Alfaro y Plaza ya se habían desmoronado y el Partido Liberal estaba literalmente dividido.

Cumplido su primer período, el Viejo Luchador se trasladó a Guayaquil, a compartir con su familia una vida moderada luego de varias décadas de luchas constantes; empero guardaba el triste recuerdo de Ana María, el único vástago nacido en el Ecuador que había dado el último suspiro el 21 de julio de 1898, luego de horas de nacida. De nueve hijos que llegaron al mundo, les quedaron cinco: Colombia, Olmedo, América, Esmeralda y Colón Eloy.

La modernización del Ejército ecuatoriano

Al igual que el resto de países latinoamericanos, el Ecuador de la época sentía la necesidad de tener un Ejército con mejores niveles de profesionalización, ya

que el oficio castrense del manejo de armas, la instrucción de los reclutas y las otras actividades operativas, estaba manejado por la vieja tropa del Ejército gobiernista y las limitadas experiencias adquiridas por las montoneras en el duro batallar de sus campañas revolucionarias.

Confirmada la necesidad, se establecieron varios acuerdos entre los ministros de Relaciones Exteriores de Chile y Ecuador; así, se estableció la contratación de la Misión Militar chilena, misma que estaba integrada por cuatro oficiales: sargento mayor Luis Cabrera, el capitán Ernesto Medina y los tenientes Luis Bravo y Julio Franzani. (Arancibia, 2002)

A su llegada a Ecuador, en 1900, la Misión consideró que en su valioso aporte, tres obras serían las de mayor relevancia: la creación del Colegio Militar, la Escuela de Clases y la elaboración del proyecto de Ley Orgánica Militar, documento que fue concluido y presentado al Ministro de Guerra, general Flavio Alfaro, sobrino de don Eloy, el 27 de junio de 1902 y publicado el mismo año. (Cabrera, L, Medina, E, Bravo, L, 1902)

El tema de la fundación del Colegio Militar no era nada nuevo, ya se había creado en cuatro ocasiones anteriores en los gobiernos de Rocafuerte, García Moreno, Antonio Flores y Luis Cordero. La quinta fue la definitiva. Se estableció el Colegio Militar por Decreto Ejecutivo del 11 de diciembre de 1899 y publicado en el Registro Oficial del día sábado 16 de diciembre del mismo año.² Era la respuesta a la necesidad estricta de tener un instituto de formación de oficiales académicamente preparados. En virtud de este Decreto, también se disponía que todos los oficiales de la plaza de Quito “asistirán a dicho establecimiento desde el primero de enero del año entrante”. El Colegio inició sus actividades en diciembre de 1902 con 49 cadetes, siendo su Director el general Francisco Hipólito Moncayo y Subdirector, el teniente coronel Luis Jaramillo.³

El 31 de enero de 1900 se decretó en Quito la creación de la Escuela de Clases, destinada a la instrucción de los cabos y sargentos. En los artículos del Decreto para la capacitación de la tropa, se establecían cursos de seis meses para un grupo de 84 alumnos; veinte y tres de artillería y 61 de infantería.

2 Archivo-Biblioteca de la Universidad Andina Simón Bolívar, A/B-UASB, caja 19, carpeta de 1900, sección Decretos.

3 Archivo del Centro de Estudios Históricos del Ejército, A-CEHE, Colegio Militar, Libro 04.

Estos alumnos eran elegidos por los comandantes de armas de acuerdo con una distribución establecida entre los miembros de la tropa por cada unidad militar. Efectivamente, la Escuela inició sus actividades en enero de 1901 con 61 alumnos: dieciséis sargentos segundos, ocho cabos primeros, once cabos segundos y veinte y seis soldados.⁴

La campaña del contra ataque

Para bien de la patria, el general Leonidas Plaza continuó con la construcción del ferrocarril en los tramos menos difíciles de la provincia del Chimborazo, inaugurando su llegada a Riobamba el 24 de julio de 1905. Como un gesto diplomático, invitó al general Alfaro y su familia a las ceremonias de inauguración en Guamote y Alausí.

Al final del gobierno placista, volvía el terremoto político en busca del sucesor. Se postularon varios candidatos: el general Manuel Franco, el general Flavio Alfaro y Lizardo García Sorroza. Ganó este último. Y en estreno de sus funciones, designó al Viejo Luchador a conformar la comisión de análisis de leyes militares en compañía de los generales José María Sarasti y Francisco Hipólito Moncayo, y del coronel Emilio María Terán en calidad de secretario. Para el desempeño en esta comisión, designó como ayudante a su hijo Olmedo, oficial recién graduado en West Point (Estados Unidos) y Saint Cyr (Francia), tema que no fue visto con buenos ojos en el resto de miembros. Luego de un tiempo se retiró de esta comisión y regresó a Guayaquil para completar algo que ya se había pronunciado entre las filas íntimas del liberalismo: la conspiración y el derrocamiento de Lizardo García. (Díaz, Jurado, 1999)

Tal como se había acordado, el 31 de diciembre de 1905, el coronel Emilio M. Terán envió un telegrama al presidente García, informándole que se daría un alzamiento en Riobamba a favor del Viejo Luchador. García pensó que eran una “inocentada”, pero el golpe fue real. El 1 de enero de 1906 se produjo un alzamiento en el batallón Quito, acantonado en el centro de Riobamba. Una rebelión similar se dio en Guaranda, nombrando jefe civil

4 *Ibíd.*, Escuela de Clases, Libro 06.

y militar de la provincia bolivarenses al doctor Facundo Vela. Frente a estos desórdenes políticos, Lizardo García declaró al Ejército en emergencia y mandó a capturar al general Alfaro, pero ya fue tarde, el líder liberal partió a la Sierra junto con el general Pedro J. Montero para organizar las nuevas fuerzas compuestas por batallones del gobierno que se cambiaron al bando alfarista. (Larrea, 1962)

Para combatir al nuevo Ejército liberal radical, se desplegó el batallón Carchi y el escuadrón Yaguachi. En Ambato triunfó el coronel Ulpiano Páez con el batallón Pichincha al trabarse en combate con el Carchi. En Cayambe cantó victoria el general Nicanor Arellano frente a las fuerzas gobiernistas comandadas por Franco. A todo esto se sumaba la gloria de las tropas alfaristas en el combate de El Chasqui.

Con todos estos triunfos de la famosa Campaña de los Veinte Días, el general Eloy Alfaro marchó victorioso a Quito el 17 de enero, mientras que en Guayaquil Alfredo Baquerizo Moreno, Vicepresidente de la República, asumió la presidencia con el aval de Leonidas Plaza. Con todo este clima de inestabilidad militar y política, los insurgentes alfaristas comandados por Luis Quiroga, Delfín Treviño y Apolinario Campi, atacaron el cuartel de artillería Sucre y el batallón Vencedores, repartos que se encontraban acantonados en el Puerto Principal. Volvió la revuelta nacional con el grito de ¡Viva Alfaro! Con esto, Lizardo García dejó el poder en manos de don Eloy, quien expidió el siguiente Decreto:

ELOY ALFARO

Considerando:

Que en varias provincias de la República se ha acordado nombrarme Jefe Supremo del Estado,

Decreta:

Artículo único.- Desde esta fecha asumo el poder, con el título de Encargado del Mando Supremo.

Publíquese para los efectos legales.

Dado en Latacunga, a 14 de enero de 1906

Eloy Alfaro. (Andrade, 1908)

Con la victoria alcanzada en los campos de batalla, el general Alfaro aseguraba su segundo período presidencial, con la diferencia de que ya no enfrentaba únicamente a las facciones conservadoras, sino a otro grupo de la línea liberal; sin embargo, su nombre volvió a ser legendario en el común de los ecuatorianos y en el Palacio de Carondelet.

En el declive

Al Viejo Luchador nada grato le esperaba en el segundo período. Su ascenso al solio presidencial - a través de un golpe militar - le costó la perturbación, la patraña y el juego sucio de ciertos ex alfaristas, aquellos colegas de tantos años de lucha que se acogieron al vientre del bando liberal placista y que se habían declarado unos verdaderos enemigos, con el propósito de que su gestión se reduzca a obras chiquitas e inmediatas.

El 16 de enero de 1906 fue nombrado Jefe Supremo; el 9 de octubre, Presidente Interino y el 1 de enero de 1907, Presidente Constitucional.

No hubo Vicepresidente porque la Constitución de 1906 eliminó el cargo. Lo memorable de este gobierno se redujo en tres eventos importantes: la reacción patriótica de todo el país ante un posible conflicto con el Perú, el afianzamiento de la educación laica y la llegada del ferrocarril a Quito.

El desengaño popular empezó con la muerte del general cuencano Antonio Vega, conservador, quien fue tomado prisionero luego de un alzamiento armado que fue sofocado por el general Ulpiano Páez. Luego vendría el saqueo en Loja por parte del batallón Vargas y la represión del Ejército a las manifestaciones quiteñas organizadas por un grupo de jóvenes intelectuales denominado Club Político Universitario. Por otro lado, no cesaron los atropellos contra los miembros de la Iglesia católica, los cuales fueron perpetrados por los mismos subalternos del presidente Alfaro. Todos estos hechos llevaron a un intento de asesinato al Viejo Luchador en la gobernación de Guayaquil. Por defender la integridad presidencial murieron ocho oficiales; a cambio, fueron fusilados ocho de los dieciséis complotados. (Andrade, 1916)

Cuando las aguas turbias se calmaron, don Eloy promulgó la Ley de Beneficencia o “Ley de Manos Muertas”, un traspaso de todos los bienes raíces de las comunidades religiosas al Estado para que sean destinados a la beneficencia pública. Junto a la promulgación de otras leyes como la del Divorcio, la Protección Industrial y la Ley de Marcas y Fábricas, se creó la Cruz Roja, se estableció la Sanidad Pública, se estrenaron los tranvías en Guayaquil. Pero lo más esperado: el arribo a la capital del ferrocarril más difícil del mundo. Fue el 25 de junio de 1908, casualmente el día en que se celebraba el sesenta y seis cumpleaños del líder liberal radical. El ferrocarril llegó a Chimbacalle con todos los vítores, bandas, toque de campanas y sendas comisiones de recepción. (Iglesias, 1995)

Fue tanta la fiesta de bienvenida del ferrocarril a Quito, que no tardó en presentar al Congreso el contrato Charnacé para continuar con la construcción de una vía férrea desde Ambato hasta el Curaray, y de allí, otras vías por el resto de puntos cardinales del Ecuador. Lamentablemente todos estos planes fueron rechazados. Ciertamente fue que no se construyeron más vías férreas debido al rechazo colectivo, pero vale la pena aclarar que gran parte de las vías propuestas por el Viejo Luchador fueron construidas

en décadas posteriores: el tramo Quito-Ibarra, el tramo Guayaquil-Salinas, el tramo Sibambe-Cuenca.

Para celebrar el centenario del Primer Grito de Independencia, fue inaugurado en la Plaza Grande el monumento a los héroes del 10 de Agosto. Y, sobre la base de su mentalidad cosmopolita, se construyó el Palacio de la Exposición, actual Ministerio de Defensa Nacional, una edificación que fue destinada - inicialmente - a la exhibición internacional de muestras diversas provenientes de Chile, Colombia, Perú, Francia, Estados Unidos, España, Italia Japón y el Ecuador. (Vásquez, 2009)

Entre las obras del segundo gobierno, destacaron las siguientes:

- Promulgación de la Décima Segunda Constitución, el 23 de diciembre de 1906.
- Autorización de la venta de terrenos adyacentes a las iglesias y conventos para el financiamiento de la defensa nacional.
- Incorporación de líneas telefónicas.
- Inauguración de una planta eléctrica en Guápulo.
- Establecimiento de la Sanidad Pública ...

Empero hay una virtud que no ha sido conocida y que el historiador Jorge Núñez nos revela: el Alfaro historiador. Efectivamente, vamos a reconocer que el Viejo Luchador tenía un grande apego por la historia, teniendo como base una “literatura panfletaria”. Todo esto lo ponemos en evidencia con el siguiente listado de sus obras:

- Cuestión histórica: el asesinato del gran mariscal de Ayacucho, primera edición, imprenta del Universo, de Carlos Prince, Lima, 1896; segunda edición, Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios, Quito, 1906. Según otro historiador, Amílcar Tapia, la primera parte de esta obra fue publicada en Lima en 1887, por el periodista guayaquileño Nicolás Augusto González, a quien el mismo Alfaro le solicitó que realice el manuscrito, con el propósito de aclarar que la muerte de Sucre le salpicaba directamente a Juan José Flores, y que dicha aclaración era aplacada por los familiares

de aquel presidente. (Tapia, 2015)

- Ecuador: la regeneración y la restauración, imprenta del Star and Herald, Panamá, 1884.
- Deuda Gordiana, primera edición, Managua, 1892; segunda edición, Imprenta Nacional, Quito, 1896.
- Campaña de Esmeraldas, imprenta de la Estrella de Panamá, 1882.
- Ecuador: la revolución de Esmeraldas, Panamá, 1880.
- Ecuador: la revolución. La campaña de 1884, San Salvador, imprenta de F. Sagrini, 1885.
- Elecciones presidenciales en 1901, Guayaquil, 1904.
- Historia del ferrocarril de Guayaquil a Quito. Páginas de verdad, publicada por la revista Nariz del Diablo, 1932.
- Narraciones históricas, edición de Olmedo Alfaro, Nueva York, 1913. Segunda edición con estudio introductorio del connotado historiador inglés Malcom Deas, Corporación Editora nacional, Quito, 1983.



Alfaro en el Palacio de Gobierno Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura

“Túmbez, Marañón o la guerra”

Sus canas dispersas y sus años fatigados vieron cierta restauración al conocer de un rumor de guerra con el vecino del Sur, debido a la típica incertidumbre de la indefinición en los límites territoriales. El Laudo Arbitral de Alfonso XIII, Rey de España, pretendía favorecer a la tesis peruana en lo relacionado a la frontera amazónica, lo que despertó en el país una verdadera unidad nacional frente a un posible conflicto bélico.

A la voz de “¡Túmbez, Marañón o la guerra!”, Alfaro encargó el Poder Ejecutivo a la Cámara de Diputados y se marchó a la frontera, al mando de un ejército de 28.000 hombres entre soldados y reservistas, frente a una fuerza peruana de aproximadamente 50.000 efectivos. La guerra no se llevó a cabo debido a la abstención del Rey de España y a la mediación efectiva de Argentina, Brasil y los Estados Unidos. La propuesta de no a la guerra fue aceptada por los dos países vecinos, y se procedió al retiro de las tropas de la frontera y a su respectiva desmovilización a partir del 4 de junio, lo que obligó al general Alfaro a establecer colonias militares en el Oriente ecuatoriano, las que serían ubicadas en las márgenes de los ríos Aguarico, Napo, Curaray, Pastaza, Morona y Santiago. (Larrea, 1962)

En medio de glorias, desaciertos y una salud quebrantada, el final de su período se acercaba con rápidos vendavales: el general Emilio María Terán fue asesinado por el coronel Luis Quiroga; su sobrino Flavio se empeñaba en la candidatura presidencial, cosa que no convencía para nada al general Alfaro; y por otro lado, había que elegir al sucesor presidencial. Desde el inicio fue designado Emilio Estrada, pero luego se dio cuenta que sus años y su salud no garantizaban el buen cumplimiento del cargo. El Viejo Luchador le pidió que se retire debido a las causas ya señaladas, pero Estrada se aferró y ganó las elecciones.

Según el criterio colectivo, todos los actos de abuso y corrupción eran culpa del Gobierno y por ende, la reacción popular enfocaba directamente su odio al general Alfaro. Inclusive volaban rumores de que su sueño era “continuar en el poder” aunque sea por la vía de la dictadura. Estas intrigas llevaron al Ejército y una parte de la población quiteña a la

protesta y al derrocamiento del presidente Alfaro, un mes antes de que concluya su mandato constitucional. Era el 11 de agosto de 1911, día en el que Alfaro abandonó el poder. Para salvar su vida, encontró asilo en la legación chilena gracias al apoyo de su ministro plenipotenciario, don Víctor Eastman Cox. De allí viajó a Guayaquil, luego a Panamá. (Academia Nacional de Historia, 1996)



Reservas de Sig-Sig, provincia del Azuay, 1910. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura.

Antesala de la desgracia

El 1 de septiembre de 1911 asumió el poder Emilio Estrada y Carmona, pero como ya anticipaba Alfaro, el nuevo Presidente falleció el 22 de diciembre. En ese mismo día, el pueblo sublevado de Esmeraldas proclamó Jefe Supremo al general Flavio Alfaro y el 28 de diciembre se proclamó a la misma dignidad el Jefe Militar de Guayaquil, general Pedro J. Montero.

Por estas repetidas asonadas, Alfaro recibió un cablegrama enviado por el general Montero, pidiéndole que regrese a tomar el mando del Ejército.

En efecto, don Eloy llegó a Guayaquil el 4 de enero de 1912, procediendo a organizar al nuevo Ejército revolucionario que partió hacia Huigra, al mando del coronel Belisario Torres y del sobrino Flavio. Este Ejército de la Costa estaba constituido por una fuerza de aproximadamente 2.730 hombres de la III Zona Militar, mientras que el Ejército gobiernista lo constituían 3.830 hombres de la I, II y IV zonas militares, al mando del general Leonidas Plaza, en funciones de comandante, y del general Julio Andrade, jefe del Estado Mayor General.⁵

El 11 de enero se dio el combate en Huigra, dando el triunfo a las fuerzas gobiernistas lideradas por el comandante Moisés Oliva. De las fuerzas insurgentes, fueron tomados 84 prisioneros, entre éstos Belisario Torres, quien fue conducido al panóptico de Quito y horas más tarde asesinado con un tiro en la espalda.

El segundo combate se llevó a cabo en Naranjito. Nuevamente fueron vencidas las tropas alfaristas, obligándolas a replegar a Yaguachi, donde sufrieron la tercera y última derrota el 17 de enero. Esta contienda fue la más sangrienta. Calcularon que en el campo de batalla quedaron 1.500 muertos de los dos bandos. (Lamus, 1912)

Los setenta años de edad y su mal estado de salud ya no le permitieron estar en primera línea. Más bien estaba en Guayaquil, dedicado a la tarea de pacificar y negociar la situación, mientras sus tropas se dispersaban con el sabor amargo de la derrota. Sobre los otros comandantes; Flavio Alfaro estaba cerca de él, recuperándose de la herida que sufrió en Yaguachi; su hermano Medardo regresaba desde Panamá con una centena de hombres reclutados en Manabí y el general Ulpiano Páez venía desde París a ocupar la función de Jefe del Estado Mayor.

Con la presencia de los cónsules de Gran Bretaña y Estados Unidos, se firmó un acuerdo en el que Pedro J. Montero se comprometía a entregar las armas y dar fin a las hostilidades, a cambio estaría garantizada la salida inmediata del país de los líderes alfaristas. El acuerdo no fue cumplido de

⁵ Archivo Biblioteca de la Universidad Andina Simón Bolívar, A/B-UASB, caja 28, carpeta de 1912. Informe del Ministro de Guerra y Marina, general Juan Francisco Navarro.

ningún lado. El batallón esmeraldeño de Flavio Alfaro se rehusó a entregar las armas y toda la cúpula del caudillo liberal radical fue recluida y apresada en el edificio de la gobernación del Guayas: Eloy Alfaro, Flavio Alfaro, Medardo Alfaro, Luciano Coral, Ulpiano Páez y Manuel Serrano.

El primero en ser ajusticiado por el odio y la venganza de las turbas guayaquileñas fue el general Montero. El 25 de enero de 1912, un tribunal de justicia sentenció al Tigre de Bulu-bulu a dieciséis años de cárcel y a ser degradado de su jerarquía militar; sin embargo, el pueblo quería saborear un linchamiento que sepa más a sangre que a soledad tras las rejas. Cuando se declaró la sentencia del tribunal, el sentenciado pidió la muerte antes que sea desconocido su grado, incluso pedía que su cadalso sea postergado para el día siguiente y así tener tiempo para despedirse de su familia, pero como la ira popular no tenía oídos para esto, procedió al linchamiento. El sargento primero Alipio Sotomayor, miembro de la primera compañía del batallón No. 1 Guayaquil, dio un tiro certero en la frente de Montero, luego fue arrastrado y quemado frente a la iglesia de San Francisco, sin que exista poder alguno que detenga tamaño salvajismo. (Pareja, s/f)

Del panóptico a la eternidad

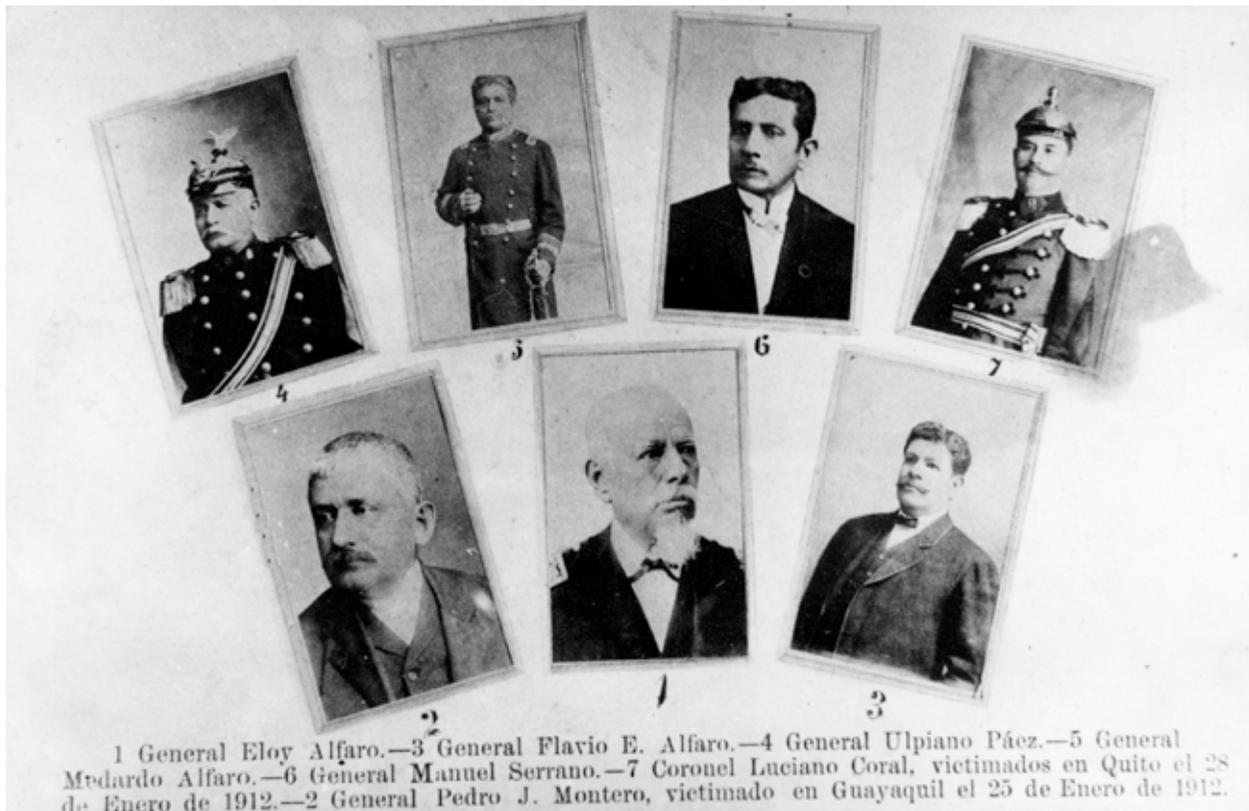
Luego de que el general Montero fue ajusticiado en Guayaquil, llegó la orden explícita de trasladar a Quito a los seis jefes del liberalismo radical para su juzgamiento. El coronel Alejandro Sierra, jefe de zona de Guayaquil y Comandante del batallón Marañón, recibió la orden de dar seguridad a los presos durante todo el viaje y su ingreso al panóptico.

En la madrugada del 26 de enero, el Viejo Luchador y su grupo de víctimas abordaron el vapor Colón para llevarlos a Durán y de allí fueron embarcados en el tren, rumbo a la capital.

Al ver que su muerte era inminente, en Alausí entregó su manuscrito de la Historia del Ferrocarril al coronel Carlos Andrade. En aquel cantón andino, el coronel Sierra recibió la contraorden de Freile del retorno a Guayaquil con los presos, pero esto no se dio cumplimiento, justificando que los soldados querían regresar a sus hogares y que la orden de retorno provocaría una peligrosa insubordinación. En medio del paisaje serraniego,

el tren continuaba su marcha y las turbas de cada pueblo llenaban de insultos y pedradas a los desdichados liberales.

La madrugada del 28 de enero fue el tiempo previsto para llegar a Quito; sin embargo, algo debía suceder para que se prolongue su arribo: piedras en el camino, daños en la vía y una espera de dos horas en Latacunga. Se aproximaban a la parada final, pero por motivos de seguridad, fueron desembarcados en Chiriyacu, la parada anterior a Chimbacalle, y de ahí a la celdilla E del panóptico. (Pareja, 2009)



Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura

A pesar de los insultos e intentos de agresión, el coronel Sierra rechazó la idea de que se doblara la guardia y se retiró diciendo que su misión había concluido con el ingreso de los presos al panóptico. Igual decisión la tomó el comandante Arquímedes Landázuri, jefe de un grupo de soldados del batallón Quito. Con el mismo desgano, los soldados de esta prisión nada hicieron para garantizar la integridad física de los presos, lo que daba a entender que el linchamiento ya estaba anticipado. Era evidente que la

soldadesca se convirtió en el espectador de la crueldad de la turba enfurecida y alcoholizada. No hubo ni voluntad ni coraje para poner a buen recaudo a los líderes del liberalismo radical.

Por su parte, el obispo Federico González Suárez había escrito un comunicado titulado Súplica, el mismo que debía ser repartido en la ciudad. De lo que se sabe, esta hoja volante cayó en manos de los conservadores, truncándose la distribución del mensaje arzobispal.

Una vez que la plebe enfurecida ingresó a los pabellones del panóptico, el cochero José Cevallos se lanzó a golpear al general Alfaro y luego le dio un tiro certero en el ojo derecho. Una mujer pasó su lengua al filo del puñal con el que asesinó al general Serrano; en tanto que Páez intentaba defenderse con un revólver que guardaba en la bota, pero también le llegó su hora. A Luciano Coral le sacaron la lengua con un trapo sucio, mientras que Flavio y Medardo fueron acribillados en sus celdas. (Pareja, s/f)

Para demostrar que con la ira y la venganza todo peso se hace liviano, la plebe inconsciente y furibunda arrastró los cuerpos desnudos por la calle Rocafuerte hasta la plaza de Santo Domingo y luego al parque El Ejido, donde fueron quemados. Aquella plebe descontrolada, gritaba con toda su rabia:

¡Mueran los masones!

¡Mueran los herejes!

¡Viva la religión!

Trago y furia se juntaron entre el humo y los restos de aquellos cuerpos desgraciados que luego serían enterrados en el cementerio de San Diego. Cuatro años más tarde se instaló una comisión de la Junta Directiva de la Sociedad Funeraria Nacional, con la misión de cambiar de sitio los restos mortales de don Eloy, los cuales yacían en un nicho por demás modesto y olvidado. Aquellos restos mortales fueron reubicados hasta que el 7 de octubre de 1921 fueran exhumados y trasladados al mausoleo de Guayaquil.⁶

¿A quién culpar esta brutalidad, esta “Fuenteovejuna criolla”?

¿Acaso la ira del pueblo era una respuesta a los 4.350 muertos a causa de

6 Archivo Nacional del Ecuador, ANE, Tomo III de la Notaría Cuarta.

las guerras intestinas de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX?

¿Tal vez fue el resentimiento de sus propios compañeros del liberalismo radical, quienes se sintieron desplazados a causa del nepotismo?

¿O es que la furia popular del 28 de enero de 1912 fue la respuesta a tanta barbarie de los liberales radicales en contra de curas, monjas y enemigos políticos?

Antes de juzgar a los responsables de esta muerte horrorosa, todos se lavaron las manos. Los ex alfaristas echaron la responsabilidad al placismo, a los frailes y a los conservadores. Freile Zaldumbide, el presidente encargado, culpó al pueblo. Y los conservadores rebotaron el delito a todo el liberalismo. Al final del túnel, el misterio, la impunidad y el olvido serían la única respuesta a la historia, ya que la justicia divina no podría juzgar a la chusma y a la tropa indisciplinada por falta de tiempo, pues no sería prudente gastar tinta y saliva en un hecho de inicios del siglo XX que ya estuvo planificado, y en un hecho planificado, pesa más el olvido antes que la misma culpa.

De hecho, no merece olvidar una sentencia escrita por Enrique Ayala Mora que resume con exactitud este fatal desenlace: “las bases del alfarismo lo abandonaron”. Sí. Lo abandonaron. Pero quedaron las bases de la libertad del dogma católico. Quedaron bien cimentadas las bases de la unidad nacional con el ferrocarril más difícil del mundo. Quedó la semilla del progreso nacional. Y lo más sublime: quedó el recuerdo de un hombre y de un guerrero que nunca se dejó llevar por la derrota. Quedó la sombra de un ecuatoriano para todos los tiempos.

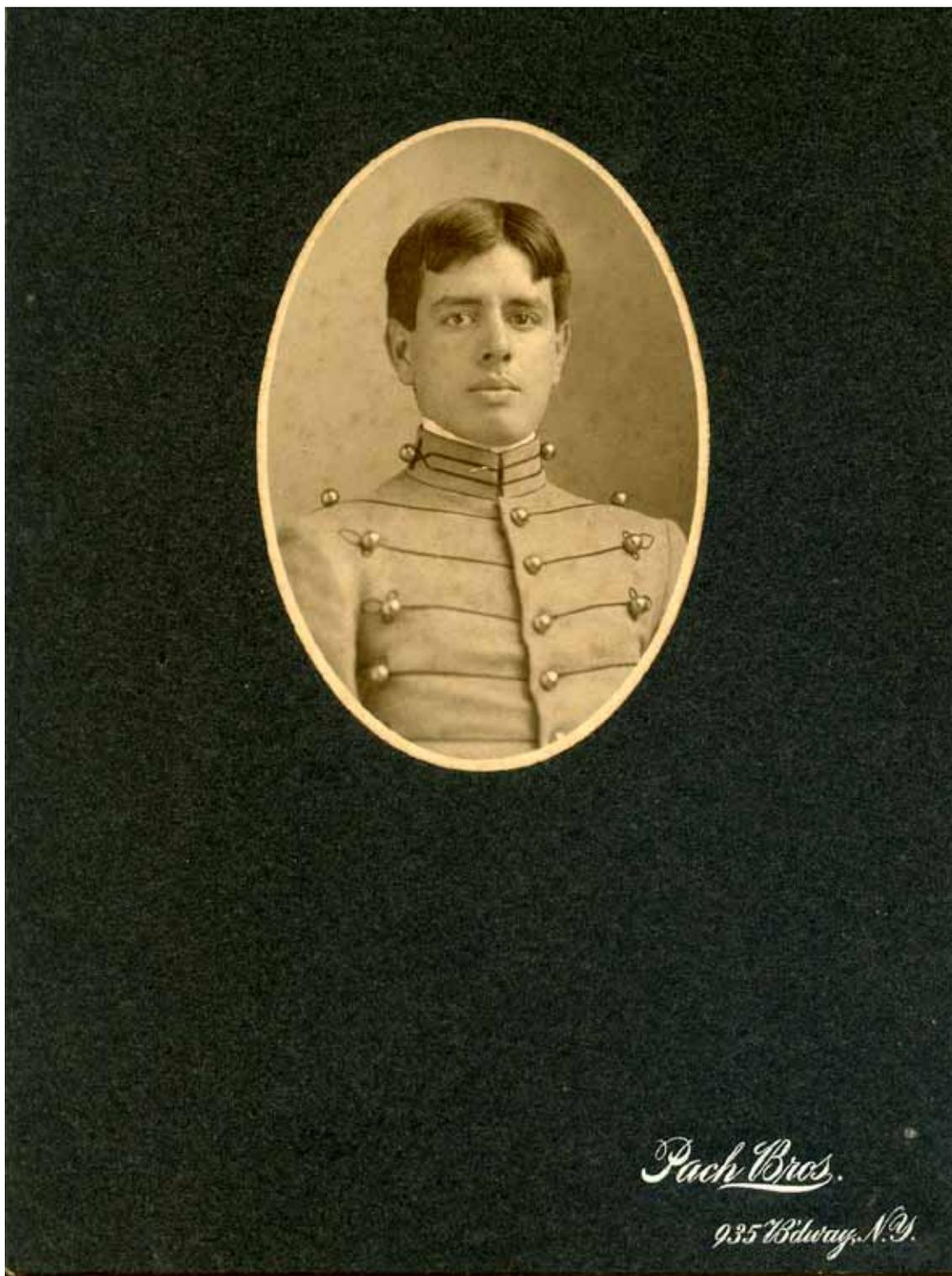
Capítulo

4

ALBUM FAMILIAR



Doña Anita Paredes de Alfaro, América Alfaro y don Eloy.
Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura



Olmedo Alfaro Paredes.
Cadete de la Academia Militar West Point – Estados Unidos
Colección fotográfica KAB.



Coronel Olmedo Alfaro Paredes.
Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura



Colón Eloy Alfaro.
Cadete de la Academia Militar West Point - Estados Unidos
Colección fotográfica KAB.



Capitán Colón Eloy Alfaro Paredes.
Colección fotográfica KAB.



Nietos del Viejo Luchador: Eloy, Jaime y Olmedo Alfaro Puig.
Colección Fotográfica KAB.

Referencias

Archivos

Archivo-Biblioteca de la Universidad Andina Simón Bolívar, A/B-UASB, caja 19, carpeta de 1900, sección Decretos.

Caja 28, carpeta de 1912, informes del Ministerio de Guerra y Marina.

Archivo del Centro de Estudios Históricos del Ejército, A-CEHE, Quito - Ecuador, Libro de Oficios No. 73 de 1895, oficio No. 602 del 5 de agosto de 1895.

(1900), Escuela de Clases, Libro 06

(1902), Colegio Militar, Libro 04

Archivo - Biblioteca de la Función Legislativa, Ley de División Territorial, 1824; ley de División Territorial, 1861

Archivo Nacional del Ecuador, ANE, Tomo III de la Notaría Cuarta.

Libros, diarios y revistas.

Academia Nacional de Historia, (1996), El Palacio de Carondelet, imprenta Mariscal, Quito.

Alfaro, E, (1884), Ecuador, la regeneración y la restauración, libro primero, imprenta del Star - Herald, Panamá.

Alfaro, E, (1992), Narraciones históricas, Corporación Editora Nacional, Quito.

Andrade, H, Tapia, A, (1991), Documentos para la Historia de la ESCUELA MILITAR 1830 - 1930, biblioteca del Ejército ecuatoriano, Centro de Estudios Históricos del Ejército, Vol. 2, Quito.

Andrade, R, (1908), Campaña de 20 días, imprenta de la Escuela de Artes y Oficios, Quito.

Andrade, R, (1916), Vida y Muerte de Eloy Alfaro. Memorias, impreso en español por la York Printing CO. Nueva York.

Arancibia, R, (2002), La influencia del Ejército chileno en América Latina, 1900-1950, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, Santiago de Chile.

Ayala, E, (2002), Historia de la Revolución Liberal ecuatoriana, Corporación Editora Nacional, segunda edición, Quito.

“Tello, El Incendiario”, en el diario El Comercio, 27 de marzo de 2015

“Guayaquil incendiada”, en el diario El Comercio, 20 de marzo de 2015 (2008), Presentación del libro El camino de hierro, cien años de la llegada del ferrocarril, Fonsal, Quito.

Bravo, K, (2008), La campaña revolucionaria del general Eloy Alfaro y la modernización del Ejército ecuatoriano, Casa de la Cultura Ecuatoriana – matriz, Quito.

Cabrera, L, Medina, E, Bravo, L, (1902), Proyecto de Ley Orgánica Militar, tipografía de la Escuela de Artes y Oficios, Quito.

Castro, B, (2006), “Lo que logró el monstruo humeante”, en la revista Diners No. 294, Quito.

Chacón, G, (2010), Eloy Alfaro y las guerras del liberalismo, 1864-1912, Instituto Geográfico Militar, IGM, Quito.

De Janón, E, (1948), El Viejo Luchador, editorial Abecedario Ilustrado, Quito.

Díaz, M, Jurado, F, (1999), *Alfaro y su tiempo*, Sociedad de Amigos de la Genealogía, SAG, Quito.

Dueñas, C, (1991), *Soberanía e insurgencia en Manabí*, FLACSO, Abya-Yala, Quito.

Espinosa, S, (1996), *Presidentes del Ecuador*, colección de la revista Vistazo, Quito.

Estrada, E, (1984), *La campaña de Los Chapulos, 1884*, Universidad de Guayaquil, Guayaquil.

Festa, E, (1983), "Cuenca, escenario de una de las guerras civiles", en *Compilación de crónicas, relatos y descripciones de Cuenca y su provincia*, de Luis León, Banco Central del Ecuador, Cuenca.

Freire, S, "Laicismo", diario El Comercio, 15 de febrero de 2015.

García de Cortázar, F, (2003), *Historia de España*, editorial Planeta, Barcelona - España.

González, M, (1934), *Memorias históricas, génesis del liberalismo, su triunfo y sus obras en el Ecuador*, editorial Ecuatoriana, Quito.

Guerra, A, (2004), "Los puertos marítimos de la provincia de Manabí", Instituto de Historia Marítima, Revista No. 35, Guayaquil.

Iglesias, D, (1995), *Eloy Alfaro, 100 facetas históricas*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo Manabí, Portoviejo.

Lamus, R, (1912), *Páginas de Verdad, la última guerra ecuatoriana*, Quito.

Larrea, L, (1962), *La campaña de 1906*, industria gráfica CYMA, Quito.

Le Gouir, J, (1993), *Historia de la República del Ecuador*, colección Aymesa No. 6, Quito.

Loor, W, (1929), *La Revolución de 1884 en Manabí*, edición de la Prensa Católica, Quito

(1934), *Narraciones históricas de Manabí*, editorial Ecuatoriana, Quito

(1969), *Manabí desde 1822*, editorial Ecuatoriana, Quito

(1982), *Eloy Alfaro*, segunda edición, talleres gráficos Minerva, Quito

Martínez, S, (1956), “El general indígena Alejo Saes, su actuación en la campaña libertaria de 1895 en la provincia de Chimborazo”, *Revista No. 4 de la Casa de la Cultura de Chimborazo*, Riobamba.

Montalvo, J, (1990), *Las Catilinas*, Libresa, Quito.

Muñoz, E, (1987), *La guerra civil ecuatoriana de 1895*, Universidad de Guayaquil, segunda edición, Guayaquil.

Núñez, J, (2003), *El Ecuador en el siglo XIX*, Consejo Provincial de Pichincha, segunda edición, Quito.

(2014) “Eloy Alfaro, un historiador en medio de combates”, en *Boletín No. 191 de la Academia Nacional de Historia*, PPL Impresiones, Quito

Ordóñez, A, (1983), *Eloy Alfaro el Reformador*, Universidad de Cuenca.

Páez, A, (1986), *El anarquismo en el Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito.

Pareja, A, (s/f), *La Hoguera Bárbara*, colección Clásicos Ariel, volumen No. 61, Tomo I, Guayaquil.

(2009), *Ecuador: historia de la República*, tomo III, campaña de lectura Eugenio Espejo, Quito

Paz y Miño, J, (2012), "Eloy Alfaro y el Liberalismo Latinoamericanista", en R, Galarza (compilador), Eloy Alfaro. Memoria insurgente, Fondo Editorial Ipasme, Caracas.

Pérez, J, (1948), "Gatazo", en E, De Janón, El Viejo Luchador

(1987), Vargas Torres, cuarta edición, Banco Central del Ecuador, Quito

(2009), Eloy Alfaro, su vida y su obra, Ministerio de Cultura, Quito

Periódico El Masón, (agosto - 1978), Guatemala.

Revista Ejército Nacional No. 9, (1923), Quito.

Reyes, O, (1971), Breve Historia General del Ecuador, tomos II y III, octava edición, Quito.

Robalino Dávila, L, (1968), Diez años de civilismo, editorial José Cajica, Puebla.

Rodas, G, (2013), Eloy Alfaro y Cuba en el siglo XIX, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana.

Saad, P, (2009), en el periódico El Patriota, Ministerio de Cultura, Quito.

Sánchez, A, (2005), Emilio Estrada Carmona: revolucionario y estadista, Archivo Histórico del Guayas, Guayaquil.

Santovenia, E, (1942), Vida de Alfaro, editorial Trópico, La Habana.

Sevilla, A, Sevilla, A, M, (2008), "La vía que empezó la carretera en la capital y terminó ferrocarril en la Costa. Caminos en la época de García Moreno", en El camino de hierro, cien años de la llegada del ferrocarril a Quito, Fonsal, Quito.

Tapia, A, (2015), El asesinato de Sucre desde la visión de Alfaro , en el diario El Comercio, 12 de abril de 2015.

Troncoso, J, (1966), Vida anecdótica del general Eloy Alfaro, editorial Santo Domingo, Quito.

Vásquez, M, A, (2009), El Palacio de la Exposición, Fonsal, Quito.

Anexo No. 1

REGISTRO OFICIAL

Año I. Guayaquil, enero 23 de 1896 Núm. 87

El Jefe Supremo
De la República del Ecuador,

A su magestad la reina María Cristina, regente de España:

Magestad:

El pueblo del Ecuador, que un tiempo formó parte de la monarquía Española y á la cual le ligan los vínculos de la amistad, de la sangre, del idioma, y de las tradiciones, se siente conmovido en presencia de la cruenta y aniquiladora lucha que sostienen, Cuba por su emancipación política, y la madre patria por su integridad. Mi gobierno ciñéndose á las leyes internacionales, guardará la neutralidad que ellas prescriben; pero no se puede hacer el sordo al clamor de este Pueblo anheloso de la terminación de la lucha; y, debido á esto me hago el honor de dirigirme á V.M., como lo haría el hijo emancipado á la madre cariñosa, interponiendo los buenos oficios de la amistad, para que V.M. en su sabiduría y guiada por sus humanitarios y nobles sentimientos en cuanto de V.M. dependa no excuse la adopción de los medios decorosos que devuelvan la paz á España y á Cuba.

Nuestra historia recuerda que durante quince largos años lidió Colombia por su independencia y la conquistó a costa de más de doscientas mil vidas, de la casi total extinción de su riqueza pública y privada, y de un legado, en deuda flotante de doscientos millones de pesos; y ha sido preciso el decurso del tiempo para que las antiguas colonias, ya constituidas en naciones autónomas reanudasen oficialmente con la Madre Patria los lazos de amistad. España perdió casi todo su comercio con América, no obstante que á raíz de obtenida la independencia, Colombia permitió la admisión de la bandera española en sus puertos, y que los españoles eran acogidos en ellos como hermanos.

Tan grandes males se habrían evitado, á mi ver, si España no hubiese desoído el prudente consejo que, en tiempo oportuno, dio el Gabinete Británico, consistente en que ajustase la paz con sus colonias, reconociendo su independencia con la reserva, establecida en solemne convenio entonces aún posible -, de ventajas especiales para su bandera.

No se habría desviado la corriente de su comercio de esta parte del mundo, y la comunión entre ambos pueblos, no habría tenido solución de continuidad. V.M. sabe que fue (sic) bajo el reinado de Augusto esposo de V.M., don Alfonso XII, de gloriosa memoria, cuando definitivamente las relaciones oficiales entre España y sus hijos, vinieron á ser cordiales.

Parece cuerdo acatar ahora las enseñanzas de la experiencia y el consejo del Gabinete Británico dado en caso análogo en la época á que me he referido; así, España pondrá á cubierto sus intereses y habrá hecho justicia á las aspiraciones de Cuba, sin mengua de su decoro.

Ruego a V.M. que acoja esta carta como una prueba de la leal amistad que el Ecuador profesa á España: puesto que solo un sentimiento elevado me mueve á dirigirla (sic) á V.M.; así como me guía, también el sincero deseo de que se acreciente la gloria del Trono que, con tanta prudencia como sabiduría, ocupa V.M., en nombre y representación de su Augusto Hijo Don Alfonso XIII, á quien Dios guarde.

Hago votos por la felicidad de España, y por la de V.M. y la de su Augusto Hijo el Rey.

Dado en Guayaquil, residencia accidental del Gobierno, á 19 de diciembre de 1895.

ELOY ALFARO
El Ministro de Relaciones Exteriores
Robles

Registro Oficial. Año I. Guayaquil, enero 23 de 1896, Núm. 87

(Tomado de Rodas, 2013)

CONTENIDO

A manera de prólogo
Introducción

CAPÍTULO I
EL HOMBRE Y SU TIERRA
De España a Montecristi
Niñez, lugar natal, educación, y patriotismo
Luces y sombras en la primera rebelión
Noble mercader

CAPÍTULO II
EN LA GUERRA
Paralelos en el progreso nacional
Cuartelazos y nuevas decepciones
Desventura y traición
La Campaña en Esmeraldas
La campaña de Restauración
Otros combates
En el destierro
Por los caminos de América
Inicios de la Revolución Liberal
El 5 de Junio de 1895

CAPÍTULO III
EN LA VANGUARDIA DEL ESTADO
Un retorno diferente
Batalla de Gatazo
Obras y gestiones
El más grande sueño
Laicismo y algo más
La modernización del Ejército ecuatoriano
La campaña del contra ataque
En el declive
"Túmbez, Marañón o la guerra"
Antesala de la desgracia
Del panóptico a la eternidad

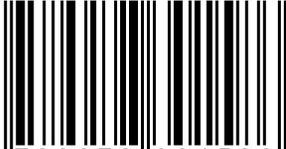
BIBLIOGRAFÍA



Publicaciones Científicas



ISBN: 978-9978-301-58-6



9 789978 301586